

# EN MI CRÁNEO

Pedro Carbonell Castellero

# EN MI CRÁNEO

© 2010 y 2016, Pedro Carbonell Castellero

Algo queda en lontananza y yo me disipo. Un reloj con agujas de cristal voluble, flexuoso como una onda, refleja irisados colores de heterodoxa crispación. Chocan los engranajes de mis pesadillas, obligando a cohesionar con otra realidad mi vida. Ladra el perro mientras camino transido de remotas burbujas que afloran entre sueños. Gorgotea la cafetera; cojo un recipiente adecuado, transparente, y lo pinto de negro; llueve azúcar; y acaba por precipitarse blanco vacuno que viola a lo oscuro. Resulta agradable la mezcla bastarda que fluye tibia por los conductos que nacen en mi cara. Me preparo y asomo a los paisajes callejeros que se agolpan ante mí. Plomizo, susurro sobre duras losetas inertes, inmunes, vacuas, e ignorantes hacia a todo lo que siento, me sucede o llego a ser: una criatura aglutinada por sensaciones evanescentes arracimadas en materia nerviosa que se protege, o lo intenta, por fibras musculares, tendones, huesos...: conglomerado de risas, cautiva de su espantosa fragilidad.

Se parece a aquello que es sin dormir, porque no remonto y disiente vida. Así que el sueño, el maldito sueño hace eje y es dueño de mi presente, y de mi futuro cercano, el cual recorro abrigado en una suerte de inconsciencia, para revertirse todo en

una desnudez de caracteres, sin acepciones ni percepción tangible de sentido propio. Perdido queda el pábulo de mis deseos, mis ilusiones: soy una pequeña pieza de la maquinaria dispensadora de pesadillas que deseca la irreal marisma del placer ubicado en un futuro arquetípico -supuesta base de la realización personal-, y que nunca existirá en mí, puesto que se caracteriza por una incesante ausencia de encanto vital.

La plúmbea velación del cielo la celebra éste con rayos, y remata con truenos. Pedernal con corola ofrece su corona cuando, instantes después, traspasa y entumece al órgano externo, sensitivo, que lo acoge. Un circunstancial techo de polietileno y una carrera agonista son las únicas respuestas posibles; pero ¡cuidado!, que, ante la tormenta, las vías de escape del agua son más agresivas que la propia cortina que le inculca su razón de existir. Los elementos fuerzan el deceso del verano, pues la canícula ya nos legó su fruto quemado y no queda resquicio para romper el axioma de la vuelta a lo cotidiano en un mundo, el nuestro, que pide y ofrece según la superposición de capas de esmalte con que nos pinta el pintor reciclado.

Refugio; ruidos confluentes; olor a cerrado y pasarela que se desmadeja en el hilo congestionado. El chasquido sibilante nos invita a entrar, para transformarse en un vértice o conexión fugaz de destinos que resultan transportados como embrión dentro del metal huero de deseos que los arrastra para acabar

escindiendo y reunificando de distintos modos, siempre aleatorios, que se infiltran en la ignorancia de toda subjetividad allí presente. Eterno suceder de lo mismo, con contrastes que le hacen parecer distinto.

La bóveda... Un biello arcano y metafísico distribuye las mieses productivas con la adocenada efectividad de lo que ha sido creado sólo para ello. Voz átona, acero esculpido en hembra, me impele a correr y ascender a otro nivel, resultando ser éste un efímero diapasón porque apenas es vislumbrado por mí. Ahora más que nunca no puedo pensar, y no pienso, sólo arrastro mis percepciones haciendo que se evada una intangibilidad plasmable.

No hay enálages ni errores que deformen la descripción de mi necesidad, inyectada a la realidad. Se vive en la telaraña de sueños, fibra incuestionable y obligativa, sin poderse enajenar. Rehén soy, bajo supuesto de voluntariedad, de asentimientos que gritaban, eco en mi cráneo, rotundas negaciones. ¿Habrá premio final?

El cambio de útero es necesario, y, como una criatura dipnea, respiro algo más tranquilo, sumergido en el líquido amniótico de mi nuevo anfitrión. Lombriz caduca éste, hueca como el medio en el que se desenvuelve..., hasta que surge a una superficie tallada con asfalto y hormigón por todos sus lados de escala pretérita y bidimensional.

Cuenco gris cambia, cuenco gris, sí, a expensas de un zumbido lejano, allí, que quiere llegar, y frío, es frío, que cambalachea partículas pesadas de penumbra por otras de vacío y radiante azul. Perezoso y melifluo don de visibilidad imprime sombras y me saluda, saluda lo monótono de un intento agónico por despertar de entre mi sempiterna y distorsionada vigilia. Pausa y vuelta a empezar; más pausas y posteriores consecuciones de movimiento... Siempre... Me corresponde despedirme del perpetuo transitar. Es abandono, brusco, de la agradable y protectora estanqueidad del claustro. Se tergiversa y poderosa alfaguara de viento ascendente, duro y cruel como el hormigón inmutable, cabrón, tú, imperturbable, y lo pisamos todos los fantasmas del amanecer. Ráfagas más brutales aún, y se absorben de sí mismas las pisadas y su sonido. Ascenso, subo. Atmósfera diáfana tras la tempestad, bonita mi sueño. Electricidad mental; estupro iónico; disparo estático: velocidad pedestre. Espacio que se recorta entre vislumbres de dos halteras de caucho que soportan el peso de dios, hijoputa, muérete. ¿Es un ser de esqueleto cartilaginoso, que exige mi envidia y veneración? No: se limita ocupar un nicho social al cual no podré jamás acceder. Desenfocar, ira contenida. La vida acomodada no puede darse cuenta de nada, aun ni de aquello que la contempla.

Ubérrimo cansancio antes de alcanzar la meta. Todo se densifica, incluso el tiempo. Y éste es un factor que nos domina,

nos captura en un pasado y nos proyecta por el embudo inexistente, imposible de definir, pero que, aun así, hemos tenido el valor de otorgarle el nombre de presente, el cual, a su vez, se desgaja hacia el insondable, aunque homeostático (creo), futuro.

Pensar en el tiempo, hum: su composición, sus causas, sus efectos, nuestro modo de entenderlo, de percibirlo..., me saca del aletargamiento en que me he visto inmerso hasta ahora. Caminar ligero, atento; mente despejada, pero algo absorta, eso sí, en elucubraciones. Mundo que advierto a mi alrededor, y no, ya no me parece un amorfo conglomerado de sensaciones, como antes. Pese a todo, y por desgracia, la holgura de mi despertar es escasa, porque no hay persona capaz de estar mucho rato en estado de completa vigilia cuando la acumulación de días que se duermen exceden con exceso el tiempo de reposo de que se dispone.

Continuidades largas y efímeras como el paso que atraviesa el puente de mi desdicha. Horas inconvenientes se desgranán en el cenagal de la memoria. Intenté atribuirme un predio intelectual que no me correspondía, aquella noche, aquel día, aquella tarde en que empecé a leer la obra del escritor homosexual y quise acabarla en cuestión de pocos días. Iluso soy. Las páginas me arrancaron una heredad de misterios inabarcables, inconcebibles, que me pusieron donde debía estar. La vida y nuestros sentimientos juegan con pautas morbosas; no

puede pretenderse realizar florituras que a uno no correspondan; de este modo se saldrá de manera eficiente de un posible apuro. Todo esto me cuestiono, pero es que si la cultura no tuviera cualidades expansivas no se definiría con concreción el significado de semejante concepto, tan agredido en nuestros días. Muy bien, sí, pero no hago más que sondearme en aras de capturar la ilación de mí mismo, y de algún modo sé que hay un punto perdido, de no retorno.

Aspavientos fingidos de la mujer. Me fuerzo, me fuerzo a proceder con métodos inusuales, nada proclives ni característicos, en los cuales se hilan metamorfosis en una mente hastiada, en decadencia de un puro sentir, arrastrándose hacia un proceder, un instante, un placebo originado por sistemas inmunes, potencias que no vuelven y se recogen en ansiados fondos de guarnecidas prisiones como suplencias del calor de un hogar desaparecido... Veamos. Si recapitulo sobre lo que pienso ahora, observo que muchas figuras se pierden y permutan los contornos de la memoria. No recuerdo ya. (Nada de este mundo es tan inquietante como el simple hecho de intentar hacer por pronunciar un olvido y notar que, a menudo divagando entre un concepto similar que pretende aflorar, no lo puedes encontrar en concreto. Semejante perturbación de la memoria hace sentirse muy incómodo al individuo que la sufre, muy incómodo. Y yo me planteo la cuestión de que si ni siquiera consigues plasmar un recuerdo, que éste se transmuta y pasa todo eso a ser otra



cosa, y debido a ello fluyes y te defines como aquello que no eres tú mismo, y te has convertido así en algo distinto de lo que pretendías ser, ¿qué eres, pues? Porque si una remembranza o una estructura ordenada de pensamientos no se pueden tomar al instante en forma de palabras, y acoplarlas a la esencia del fluido que te corresponde, que se supone que eres... Si no consigues ni eso..., ¿en qué coño nos convertimos entonces? ¿En caos? ¿Caos como gelatina que intenta darse forma?)

Es un parecer poco homogéneo; reproduzco ideas exaltadas. Bien; menos mal que estaba dormido, porque la verdad es que los procesos mentales se me apelotonan, como si fuesen quincalla.

Parodiando mi pasado, concluyo en que fui el elegido, el mejor cualificado para intervenir en el esperpento que sobreviene, en el de perseverar en un trabajo que, sin más, consiste en aguardar un momento que apenas tiene consistencia objetiva y que se encuentra más allá del final, tan lejos, que rebasa al propio principio.

Aprisco urbano que aún no ha soltado a su humano ganado, y geometría imposible, desnuda e impasible, absorta en su quimera de escorzo metafórico. Forma bicéfala y perdida en el infinito como espejo que se mira, siamés separado por un jardín, sí, siamés que deja crecer, desplazada, escoltando, lo hace, en ambos lados de su máxima dimensión, dos escuálidos naranjos plantados en el centro de sus correspondientes alcorques. Son

símbolos del estatismo; y quistes que surgen para incrustarse en mi penitencia.

Balcones de inhóspita apariencia. Correr de cortinas, como siempre, cabrones, traslucen una ligazón humana, indicando el inicio de la cotidianidad entre una luz matutina liberada ya de nubes. El cielo despejado es un regalo para las ánimas avisadas de la mañana, un aliciente en dosis de alegría, insospechado poco antes.

Doy por supuesto que nadie se molesta por mi testudíneo proceder cotidiano; si esto no es así, por lo menos a mí no me lo demuestran, con el abrumador volumen de saludos y sonrisas estereotipadas que recibo. Ciertas personas nunca me saludan. Ignoro por qué, pero no es importante, y se arremolinan en turbión por el imbornal de mi indiferencia.

Estoque de estopa rescatado de su extramuro por obra y gracia de una llave. Despliega esto, joder, un halo venenoso en la confluencia vestibular de cuatro afluentes que se engendran a sí mismos y son portales. El resultado, un estuario de cuarzo, terrazo y obsidiana, empalagoso como una iteración melódica mental. Y sí, sin remedio, no otro, que darle un polvoriento repaso diario.

Leves pasos sobrevienen al encuentro de zapatillas sordas.

-Buenos días.

-Buenassss.

-¿Sabe usted si ha llegado el del agua?

-¿Quién?

- ...

-¿Se refiere usted al hombre que revisa los contadores? Vino ay...

-No, a ese no, me refiero al de las garrafas.

Mi brazo agita distraídamente su mano, saludando por mí hacia el otro lado.

-Pues veré, señora... (Grajos graznan cuervos entre sordo aleteo que posa el poso de un incipiente desorden sin higienizar. ¿Esquizofrenia? Pinchazo luminoso y vaguedad oscura, retráctil intención de ajustar el gesto y no conseguirlo, y la consiguiente desolación. Insistencia iterativa. ¿Es posible que no se pueda disimular un accidente interno, inconsciente? Enorme sonrisa, nacarada, lo hace surgir a flote, con vicio de dolosa máscara, parpadeando insalubres metaplasmos de personalidad. Nada volverá a ser lo mismo ante ella, pues ha percibido la reacción. Es pensamiento ante quijada de orangután y encías dignas de sus descomunales palas. Maldito mohín, provocará problemas de comunicación, cuando vuelva a ser vislumbrado, y una huidiza mirada infligirá pinchazos en la boca, ante el temor de que se abra y vuelva a mostrar su perlino muestrario. Sonrojos y balbuceos ante nuevos encuentros. Disimulos, disimulos, sí, disimulos, no, para nada, no disimulos.) Bueno, ya sabe, comprenda que soy el suplente y no estoy aún informado de los horarios del repartidor –sin suceder; es mejor pensarlo así-. Él,

el día que estuvo aquí, no me dijo cuándo regresaría. Si usted quiere, yo tomo nota y le reclamaré cuando lo vea de nuevo.

-No, no importa, ya compraré una garrafa de plástico en el supermercado. Tengo prisa y pocas ganas de volver a casa a recoger el envase. De todos modos, muchas gracias. Adiós.

-Adiós.

Nuevo apuntalamiento a un insurrecto complejo de inferioridad. Más densa debiera ser la niebla que genero y esconderme en ella para no salir jamás: madeja de incoherencia social. El rictus, antiguo casajo de desinencias psicológicas, se autoalimentará hasta el infinito y concederá el consenso a mi impotencia para controlarlo en según qué situaciones mundanas. Debería solucionarse, y no sé cómo. Todo deriva en una constante tensión, un agarrotamiento tal, que amenazará, tarde o temprano, con minar la consistencia de la criatura que denomino *yo*. La gradación en alza de mis neurosis ha ido fermentando aspectos de mi personalidad que no me corresponden, por la sencilla razón de que transitan por las afueras de mi dominio consciente.

Debo enmascarar.

Quiero crecer. Y lo hago –al final me saldrán callos-, aunque desacorde con las pautas de normalidad establecidas. Conozco a la perfección el factor desencadenante de semejante anomalía: demasiadas veces he pensado en ello. Radica, no nos engañemos, en el hecho de no aceptar mi inclinación sexual, o,

mejor expresado, no saber con certeza cuál es mi verdadera opción, pues en realidad no estoy todavía, a día de hoy, seguro de si me siento atraído hacia los hombres o hacia las mujeres. Y podría hacer una incursión de tétrico histrión, y lamentarme, y fastidiarme con masoquismo y maldecir un hecho que podía haber sucedido, aplicándole la culpa al alcohol y a noches desquiciadas en las que todo pugnaba por comenzar, maldiciendo mi sexo y su prolongación. Increíble y desesperado me siento ante percepciones que me rebasan, de las que no puedo entresacar una forma que genere autenticidad. ¡Maldito un mundo y maldito el otro, el que desea, antepuesto al que no recapacita! Cuerpo y mente se bifurcan en senderos que no admiten retorno.

Percibo de mí mi propio espejo, en el que me reflejo vulnerable a la segmentación que me comunican los demás. ¿Es que no tengo base propia, autoafirmativa, sobre la que cimentar mi carácter, mi personalidad? ¿A qué niveles de disipación ha llegado mi autoestima? Soy un caso singular: cuando un infortunado día algún individuo protervo insinuó que yo miraba hacia otra parte, reminiscencias interiores regaron al germen de la duda; y a fuerza de insistirme de esa maléfica forma, terminé por creérmelo, o si no menos, analizarme a mí mismo de modo recurrente. Asperezas que balbucían inicios en el divagar: “¿Lo seré de verdad? ¿Tan seguros están de ver en mí algo de lo que ni yo me he percatado?”. Sí, cierto es que mi pubertad

transcurrió aleatoria, entre corrillos circunstanciales de muchachos que escapábamos al campo y hacíamos, escondidos entre concavidades de matorral, ostentación de nuestros atributos sexuales y, más tarde, masturbaciones en grupo. Sentíamos admiración entre nosotros mismos hacia los más dotados, pero nunca nadie del conjunto que formábamos insinuó siquiera tocar o acariciar el pene de otro. Semejantes conductas -que ahora analiza mi mente-, es evidente que han existido desde que la humanidad pulula por este mundo. No son más que ritos iniciáticos que proyectan a los jóvenes hacia la madurez.

Si entre aquellos adolescentes que se expansionaban para sumirse en el mundo del placer carnal existía algún individuo que encarrilase sus preferencias hacia el propio sexo, tal tendencia sólo se manifestaba en su interior, en su manera de excitarse; es decir, habría que ser él para saber si fantaseaba por su cuenta con mujeres o si, sencillamente, se bastaba con lo que contemplaba en aquellos momentos. Si analizo el análisis, todo parece ir acorde con un estricto sentido de la lógica, de un modo inapelable.

Aunque para ser coherente con la realidad del entonces, debo reconocerme en mi propio recuerdo, pues mientras nos masturbábamos, siempre, siempre todos mirábamos los miembros de los demás, entre risotadas y obscenidades: nos infligíamos excitación entre nosotros mismos. Resulta contradictorio, porque la mujer estaba presente como ideal,

siendo sin embargo el conglomerado real el que se manifestaba, de modo visual tan sólo, eso sí...

... y cuando nos traíamos, rescatadas de las basuras, algunas revistas pornográficas, de las que a menudo no podíamos separar sus páginas, adheridas debido a los goterones de semen reseco que se encargaron de esparcir entre ellas sus anteriores dueños, por culpa de sus devaneos calenturientos y evasivos. Casi todas las hojas quedaban desconchadas cuando se intentaban despegar con la intención pecaminosa de ver las fotografías, que quedaban mutiladas. ¿Me decía? Sí: captado –la fuerza se acostumbra-. La consecuencia fue sin duda la incursión de algunos en el mundo homosexual. Sin embargo, y pese a que es cierto que perdí con relativa rapidez el contacto con la mayoría de ellos, me consta que todos menos uno tuvieron relaciones heterosexuales estables, y la mayoría se aparejaron con mujeres, obteniendo descendencia.

El eslabón perdido de las evasiones de aquellos adolescentes soy yo. ¿Se puede sintetizar una vida que desemboque en vasos comunicantes obturados? Si nos abocamos a Eros mediante conceptualismos, sin transigir ante lo que debe ser correcto o bestial, se libra de pecados esto último, ateniéndome siempre a lo que se manifiesta en el discurso del escritor obsesionado en convencer que no es semejante tipología una erupción de falacias, ni de engaños, de quienes desean semejante opción -o mejor expresado, metodología de aquello que en verdad no es

escogido-. ¿No pueden romperse las cadenas? ¿Son mi comportamiento y mi actitud oblicuos a mi modo de ser ante la inducción psicológica a la que me ha ido sometiendo el individuo ajeno poco a poco, a cuentagotas, como si se tratase de una dosis homeopática adrede maligna?, ¿son no pertenecientes al libre albedrío? ¿Impera la química en el cerebro, anteponiéndose al alma? Nunca lo sabré. Lo único seguro es que permanece un condicionamiento incubado a raíz de varios sucesos, plasmados en una memoria que no es mía, y desnudo he quedado, incluso para cuestiones tan corrientes, vulgares y carentes de importancia como lo acontecido ante esta señora. Sin darme cuenta, extravié la máscara por las anchuras de mi letrina.

Viene hacia mí, sin duda. Querrá preguntarme algo. Toca dejar de barrer para pasar a servir.

-Hola. ¿Qué desea?

-Buenos días. Es usted el suplente, ¿verdad? Verá; soy vecino de la comunidad, y estoy de vacaciones. Hoy me encuentro aquí porque no me desplazo muy lejos en mis asuetos, por lo que regreso a menudo a recoger el correo para que el buzón no se llene demasiado y así no advertir a algún posible ladrón atento de que la vivienda se halla deshabitada. Ya sabe usted que con los tiempos que corren toda precaución es poca. Pero lo que quería decirle es que, si fuese tan amable, me sacara las cartas y la propaganda, y así me evitaría la molestia de venir con



frecuencia para hacerlo yo mismo. Estos malditos buzoneros hacen que en seguida se colapsen los..., los...

-No se preocupe usted, que yo estoy aquí para esto. Si fuese tan amable de darme los datos y la llave, le haré con mucho gusto el trabajo.

-¿La llave? Sí, sí..., es cierto, tengo que dejársela para que me pueda vaciar el... buzón. No había pensado en ello.

Deben de conocerse bien, el otro y este hombre tan precavido, a juzgar por los saludos que se dedican... Se detiene. Caramba, hay que moverse. ¿Es a mí a quien reclama? Es probable, porque se ha quedado donde el raíl de la cancela. ¿En qué habrá reparado, que mira tanto al suelo?

-Buenos días.

-Hola.

-Buenos días. Qué, ¿cómo va la cosa?

-Estupendo. Todo va viento en popa. Marcho durante una temporada y he bajado para comentarle al joven si es posible que me ayude a cargar las bicicletas de montaña en la baca. ¿Sabes que las compré la otra tarde en el comercio del que me hablaste? Pero a mí me han costado algo menos que a ti las tuyas, no te sepa mal que te lo diga, porque resulta que un sobrino de mi mujer es el encargado de la sección ciclística, aunque nosotros no nos habíamos ni enterado. Cuando lo vimos allí pensamos que también estaba comprando...

Insinuaciones, indirectas y envidias comienzan a proliferar. Mejor será que me desapegue. Con disimulo, entraré en la garita haciendo ver que busco algo. Si me necesitan, que me llamen. La llave no la tengo en el manajo sino en mi llavero particular. Tontería fue ponerla con las mías porque nunca recuerdo que lo hice y la busco entre el resto de las que me cedieron. Bueeeno; ya está. Hablan tanto que no se escuchan entre ellos, cada cual queriéndose imponer al otro. Luego decimos que si las mujeres son parlanchinas: está demostrado que sólo vemos la paja en el ojo ajeno. Veamos...; buscaré algo entre los cajones y aprovecharé para ordenarlos y limpiarlos, que qué de polvo tienen, hay que ver. ¿Necesito encontrar algo? ¿Quizás un objeto que todavía no tiene forma en mi mente pero que es preciso hacer que la tenga? La cuestión es que el tiempo transcurra de determinada manera, y se dirija hacia una circunstancia innecesaria y latente que pueda yo plasmar en la realidad.

Cuánto papelote. De repente se me fueron las ganas de hacer limpieza. Recuento, que con experiencia cuento: tacos de papel usados, cajitas con clips herrumbrosos mezclados con cojinetes sueltos de varios tamaños y que no se sabe a qué utensilios mecánicos pueden corresponder, notas antiguas, un libro que enseña francés en una semana, varillas de hierro, una macetita con una crásula muerta...

Siguen hablando, parados frente a la puerta, y yo ahora haciendo el idiota de verdad. Ya está bien; es suficiente. El

latigazo de disyunción deja de tener sentido. Cerraré la puerta e iré en busca de la escoba, que por lo menos me hace sentir que tengo una razón específica respecto a mi permanencia en este lugar. Sin comentarios; que sigan machacando sus egos. El del buzón ya comienza a acorralar a su antagonista, con su entusiasmo verbal de “evitar de”. Casi lo está humillando; su rostro es una máscara enrojecida cargada de espasmos, intentando evitar el sollozo. Ya ni se acuerdan de mí. Mejor. Poco trecho ante su ausencia. No la apoyé bien contra la pared, con las prisas, y ha caído al suelo, así que a recogerla y a proseguir con mi automática labor.

A seguir barriendo, que ya queda poco. A este trabajo la circunstancia que lo rige es la dilatación del tiempo. Supuración subjetiva puesto que gran parte de la labor consiste en esperar, sin hacer nada. Sorprende, por inimaginable, que sentarse a vigilar sea una tarea tan dura. Me cuesta entender que, ansiando siempre un empleo sedente, me resulte, ahora que lo tengo, aunque sea circunstancial, tan agotador el mero hecho de dejar que transcurra el tiempo. Psicología, la mía, aplicada a fenómenos que se imbrican en circunstancias personales. Pese a todo, hago lo que puedo y lo que debo. Ellos pagan y mis problemas no les importan, ni yo voy a permitir que éstos se inmiscuyan y entretejan una red viciosa de la cual no pueda escapar.

Y con la vida como está, y la fiera azuzándome, negar no se podría un cacho de pan caído del cielo, infuso, o semejanzas, sin discernimiento.

Me apetece trabajar -¿lo he dicho en voz alta? No, sólo me lo ha parecido. Entre el sueño que arrastro y lo alterado que me siento con apenas dormir... *No ha ocurrido; no ha traspasado la realidad.* Es indudable que he de poner más cuidado en lo que pienso, en lo que hago. Faltaría más que encima me considerasen un lunático. Entonces sí que se mellarían mis sostenes, mis puntales de congenialidad-. Lo relevante es que aquí estoy, con tiempo que sobra, y se relame, degustando un placer casi sádico en inquietar a mi psique a la deriva.

Detrás de ese rincón nadie pasa si no es para acumular basura. Me meo. No hay gente que pueda verme. Con eficacia y rapidez. Estalla contra la pared, salpica y desciende, chorro ácido, áspero para las hormigas que pierden el sendero de hormonas, y desconcierta a la araña que sale de su cubil pegajoso, quizá creyendo que una víctima se ha adherido a la tela. Ya acabo; veamos los alrededores, mientras mi calzado se impregna de la orina que corre sin turbulencias por el suelo, abriendo surcos que la detendrán, ante la ausencia de más caudal, efímero hontanar.

El enésimo argumento literario que maquiné no me sirve. A ver si hay más suerte con el libro que tengo ya bien desarrollado, resultado de un trabajo constante, de años. Salvo esta excepción,

debo reconocer que, en mi afán de ser escritor, concibo novelas y tramas que mueren ya antes de haberlas comenzado. Ni molestarse en sentarme a escribir... El relato del huerto vertical era original, pero no daba apenas de sí. Me frustra no acabar casi nada. Hay una cuestión fundamental que no debo pasar por alto, y es la gramática. La casuística de toda narración trascendente radica en un profundo dominio de la lengua (otro elemento a observar es la capacidad para juzgar en consecuencia y extraer lo que es correcto –sindéresis, creo que es la palabra adecuada-, a la hora de insertarlo en el texto, con el objetivo de otorgar un hilo creíble a lo que se desea exponer, y no ramificarse con exceso de digresiones que te colocan en señales, falsas balizas, que hacen que te pierdas y no puedas retomar el argumento. Escribir algo que sea bueno y tenga sentido es muy difícil). El quid es que lo meritorio no es tramar e imaginar, sino aplicar de modo optimizado, que los trenzados del texto fluyan bien, y resulta evidente que se debe hacer con unas herramientas no exentas de sofisticación, bien engrasadas, para conferir a un escrito gracia en lo plasmado.

Es posible que a mí me falten ese tipo de elementos. Me obceca también el hecho de ser muy perfeccionista. En determinado momento hay que dejar de corregir y de repasar, o sea, se debe trazar una línea; si no, siempre se estaría redactando la misma obra, cual Sísifo literario, que tomase las páginas una y otra vez, y vuelta a empezar –estoy autoamonestándome, porque

me sucede a la hora de la verdad: escribir, rectificar, volver a retocar, y así casi hasta el infinito-. ¿Es una obsesión esta manía mía por pulir? Tampoco debo ser tan tajante conmigo mismo. Otro día lo dejo, trasudado en mi empeño. Es evidente que las páginas corren, en la novela que estoy escribiendo, aunque sea con excesiva lentitud; con lo cual no debo crucificarme, oye, que avanzo en ella y con ella. Algunas erratas hay, pero tampoco es para tanto. Caramba con tanta exigencia: que los correctores de estilo tienen sus motivos para existir, ¡oiga!

Mucho tiempo dudé de si llevar las páginas. Sólo era el comienzo de la obra. Había un párrafo farragoso. La bibliotecaria, mujer de no gran belleza pero sí atenta y simpática, creyó al principio que el producto de ficción resultaba ser autobiográfico, pero yo lo negué con rotundidad y firmeza, cosa ésta rara en mí. Comentó que a ella también le agradaba escribir, y ante eso, el encontrarme con alguien de gustos afines a los míos, me abrí a ella y entablamos una interesante y amena conversación. En cuanto a las páginas iniciales que le cedí de mi novela, dijo lo típico de quien intenta ser amable: que le había gustado. Sin embargo no se recató en ser en cierto modo sincera, al decir que no comprendía bien algunas cosas y que le parecía un tanto elitista. Acabamos la tarde yendo a una cafetería en la cual no había apenas gente a aquellas horas; estaba todo muy silencioso y pudimos explayarnos a gusto. Ella me miraba y me escuchaba con una extraña atención; a la vez que no quedaba

exenta su figura de una ambigua curiosidad, con indefinibles intenciones hacia mí, que yo simulaba no captar.

(Este vestíbulo ya está acabado, por fin. A recoger lo barrido y pasar con los bártulos a otro lado. ¡Qué pesadez!: casi angustiada.)

Durante la noche no pude dejar de pensar en los sucesos acaecidos aquella tarde. Me sentía atrapado por una extraña parábola que deformaba por completo mi integridad y la astillaba sin posible redención: yo no era yo, ni yo ni nadie, sino un metaplasmo surgido de una imaginación que nublaba el infierno, deshaciéndose en copos níveos, subyacentes, generadores de una nueva era para mí, y transformaban el antaño territorio cálido y cremoso en una gélida y estéril estepa.

Esta gente se ha olvidado de mí; siguen hablando como cotorras.

A veces tengo la sensación de que no podré acabar nada. A pesar de todo, he de ser constante, persistente, implacable conmigo mismo. Lo resolveré todo tarde o temprano, y algún día exclamaré: “¡He aquí mi libro!” Seguro; de veras; ánimo.

No se puede...

-Buenos días.

-Hola. Bonita mañana, ¿eh?

-Sí, la verdad es que sí. Comenzó mal pero se ha arreglado.

-Mejor, mejor. Que le vaya bien en su barrer.

-Gracias.

-Adiós, adiós.

-Adiós.

La chica esta ya me ha despistado. Era algo que no se podía, me parece. ¿Qué no se podía...? Da igual.

Intenté explicarme ante esa mujer, debido a una falta de costumbre mía por ser leído por extraños, y por que eso pudiera derivar en una corriente de información distorsionada.

En física los objetos se influyen de manera mutua en valor inversamente proporcional al cuadrado de la distancia de donde se encuentra uno en relación con el otro. Esto es lo que sucede con los cuerpos inanimados, cuya interacción es mera cuestión de masa y energía, ¿no?; pues con la gente pasa algo parecido, pero en planos sociales y antropológicos... Se anquilosa en mí un prurito de pedantería; tanto leer me distancia de la normalidad. Me siento un hombre extraño, fuera de los dominios del mundo. Espero que mis textos no se conviertan en algo aburrido, cuales moscas resacas colgadas de telarañas ubicadas en esquinas de ruinosos edificios. Da que pensar. ¡Pensar! Si no fuera porque es inevitable hacerlo... Mataré al tiempo. O mejor me duermo, que me aburro. Pero esto porque quiero; trabajo hay; ¿acaso no están esas decrepitas jardineras sino para hacerles un meticuloso repaso en sus cuidados? Pero ¡ay!, que el sueño regresa y no cesa porque no puedo dormirlo. Diseñaría una nube como lecho, ergonómica, para incrustarme en ella y descansar, y sosearse, y dormir... Otra vez con sueño, y eso que



ahora estoy ocupado y meneándome. No quiero ni pensar cuando esté repantigado en la silla. (¡?)

-Perdone. Parece haberse distraído usted. ¿No quedamos en que debía dejarle la llave y los datos de mi buzón?

Qué susto me ha dado. Este hombre con cara de sabio despistado debe de resultar en realidad un sabio en verdad despistado.

-Discúlpeme. Debido a que se enzarzó a conversar con su vecino, pensé que lo mío lo había aplazado para más tarde. ¿Se ha marchado el otro señor? ¿No vino a buscarme para que lo ayudara a cargar las bicis en su coche?

-Es que, verá, su mujer, saliendo por la rampa del parking, se ha llegado hasta nosotros para decirle que entre ella y su hijo mayor ya las han colocado en su sitio. Se han marchado ya.

-Ah... Si es así...

-Tenga. En la nota está indicado mi buzón. ¡Y cuidado no me pierda la llave! Asegúrese de que quedan en el fondo del bolsillo, por favor.

-Tranquilo, hombre. Esté usted tranquilo conmigo, que yo soy muy responsable para estas cosas.

-Mejor, mejor. Bueno, tengo que marchar. Y conste que le guardo una absoluta confianza motivada por lo que me ha dicho. Marcho con la plena garantía de qu... (...) ...ios.

-¡Adiós!

Anda, sí, vete ya. Anda que no andas “na”. Jo; qué pelmazo... En fin, ya está casi todo barrido; sólo falta el rincón de la entrada a la consulta de la geriatra, el pendón ese, que me lleva loco con no comunicar el programa de visitas en época de vacaciones. Con lo fácil que sería poner un cartelito en la puerta. Pero no quiere, debe de pensar que para eso estoy yo, para informar a los pacientes sobre cuándo abre la consulta. ¿Y cómo se lo voy a decir yo a ellos si ella no me indica los horarios? A la postre los perjudicados son los pobres vejetes que acuden, todo despistados ellos, a visitarse. Algunos están con ella que trinan; y no es para menos. En fin.

Dos, tres estocadas; recogedor y caquita a la cajita. Ya está. ¡Hurra por mí! Ahora, a otra cosa.

Un rústico balde de lata cliquetea su metal cuando lo agito para penderlo de su asa bajo un grifo. Cae agua en remolino, transparente y delicada cual ninfa que humedece boca redundante, abertura hipertrofiada de cal no cariada.

Ya está lleno. Lo dejaré aquí. Tengo otras cosas que hacer por ahora.

Peino la melena rastrera porque, vieja y degradada, suelta sus lanas... Lo sucio que llega a estar esto. No, si me hará estornudar la polvareda esta.

-¡Hey, hola, qué tal!

-Hola. A la playa, ¿eh?

-Claro. Hay que aprovechar lo que queda de verano.

-Que vaya bien. Adiós.

-Adiós.

Cómo cimbrean las caderas, la muy coqueta. Así, en bañador, sería fácil..., ¿el qué? ¿Contradicción y consecuente tragedia? Cuerpos femeninos... ¿Se forja a la deriva el instinto? ¿Soy yo? ¿Quién soy yo? Necesito sostenerme en un baluarte fijo; no puedo permanecer así. Miedo al fallo; y yo, onanista ineludible, siento que impulsos no consensuados tiran de mí, desencajándose en un grito interno, y divago en el mar de la incertidumbre. Si piensas que no tienes orientación sexual concreta no eres nada..., ni nadie. ¿Para qué lamentarse más?; es mejor no darle importancia. Quizá algún día... Sí...; algún día...

La caja...; habría que tirar la basura al contenedor. La dejaré en el almacén y la vaciaré mañana, que se llenará del todo; todo polvo, polvete ella. Venga, un paseo más. Plis plas y a fregar. (¿?) ¿A qué me recuerda esto?... Escarda, tijeras...

Día entrado en su plenitud. La dinámica de gente que entra y sale de ambos (y hacia ambos) cuerpos del edificio es en estos momentos más intensa que nunca, y si añadimos que ha venido la doctora, es inevitable que haya un tránsito más intenso.

Y friego. Y pienso, y sigo pensando en tullidos crepúsculos de instantes que me concedieron dicha y anhelos, y querencias que aún no se han disipado en un sentimiento de acrimonia ni de rebeldía, por un pasado que fue mejor, pero que no se pierde porque es recuperable, pese a que se pueda deformar. No me

molesta pensar en lo que pienso ni retrotraerme en recuerdos...; pero... me aburro, ahora me aburro; y me caigo de sueño. Qué automático es esto de fregar: indefectiblemente empiezo a hacerlo por el mismo sitio, continuo por... ¡No! Si de por sí ya me canso de algo tan maquinal, el sumir mi mente en ello produce que bostece el tedio. Es mejor distraerme en algo que me estimule para conservarme lúcido, grávido, atento. Inyectaré literatura de vigilia: describir para ensayar. (La entrada la finca es un monumento a la indiferencia y al olvido. Ocurrencias; pensar. Cerbero es el guardián de la puerta del infierno, y ésta arde mediante mecanismos que son ahora improcedentes... No... A lo social contemplo, obturado, sin luces, sin discernimiento. Pasea una serie de personas –familiares me resultarán cuando toque marchar- cuya común característica suele ser la de saludarme escuetamente cuando me ven y, acto seguido, dirigen sus miradas al suelo con el fin de sortear los tres escalones que saben ellos que existen, para evitar un tropiezo innecesario, y su posible consecuencia en forma de dolorosa caída. La garita, lugar que yo ocupé durante mi servicio, tiene situada la puerta en ángulo recto con el pie de la escalinata. Parece, el conjunto concreto de lo que pretendo describir, la porción enrollada de una alfombra no del todo extendida, en la cual persiste una parte que cumple una natural función, y a la que no es necesario darle un gran protagonismo. Hay una copa con filigranas de platero grabadas en su piedra casi maciza; un poco cóncava su meseta

de media luna cubierta de tierra prieta, a la que una marchita y bien centrada yuca pretende sorberle la poca materia orgánica que aún subsiste. Una volátil y delgada marquesina de hormigón cubre todo lo ocurrente descrito...) Muy mal; ausencia de estructuración y forma narrativa deslavazada, incongruente. Original lo es, pero por incompetencia mía. De todos modos, buenas o malas, estas descripciones están abocadas a perderse para siempre, debido a que no han sido reproducidas en papel. Aunque si hubiese intentado escribirlo, el resultado hubiera sido otro porque la mente pergeña más rápida que lo que la mano es capaz de reproducir, y el desajuste en la transmisión hubiese ofrecido un resultado diferente. La solución estaría en poseer una capacidad nemotécnica absoluta, para después transcribirlo, pero no puede ser, y los datos que he compilado hace un momento han desaparecido, como se desvanecerá lo que pienso en este instante. La información que recibimos y manejamos es superior a nuestra retentiva, o por lo menos así procede la memoria con el instante presente; después, algo queda. Porque ¿qué sería de nosotros si en el proceso continuo de actualidad no pudiésemos recurrir al pasado? Lo que existe no nos necesita, y a nosotros tampoco nos hace falta este mundo; simplemente, esto es como debe ser, sin alternativas. Y me retrotrae la idea al personaje de Dostoyevski, el moribundo Ippolit, al cual todo le importa un bledo, nihilista puro, quizás porque está muriéndose. Sólo somos sexo, flujo –o fluidos- de materia, y filtro; y entre

todo esto hay algo que se agita angustiado, consciente, que lo identificamos como nosotros mismos. ¿De dónde procede lo que pensamos, aparte de la consabida electroquímica cerebral, la cual, por cierto, es el resultado y no el detonante? ¿Cuál es el auténtico mecanismo primigenio de nuestro *yo*? ¿Tienen algo que ver conmigo las palabras? ¿Yo qué sería si esa continuidad de lenguaje que se identifica conmigo no existiese? Si no tuviese vocablos con los que procesar mis pensamientos, éstos serían otros: *yo sería otro individuo*. ¿Qué soy yo?: ¿resultado de antaño y estupor de hogaño, como expresa el genial poeta? De resultas es probable que sólo sea un observador en el que los datos captados le distorsionan -y por ello resulta transformado- el proceso de compilación (otra cosa que me desespera es que la información acumulada muera en mí, al no haber un objetivo de resolución definido, ni comunicación que pueda engendrar nuevas vías de perspectivas diferentes, pues isla soy, y ni tiempo ni vocación tengo para estimular nuevos procesos de disipación en palabras con individuos recipiendarios de mis inquietudes. Dicho de otro modo: a nadie le intereso como persona, y nadie está dispuesto a escucharme, puesto que no son cosas, las que me preocupan, que a alguien les interese). Soy la mónada continua cuya propia memoria proporciona otras formas de entender lo ya captado. Me siento como un trozo sólido de tiempo incrustado en un espacio sin límites, como materia en la que infinita variedad de vibraciones convergen para salir

transformadas en desechos después de haber recogido lo esencial, lo válido, y armonizarlo en lo que llamamos pensamiento, en lo que denominamos *yo*. Pero esto sólo son ideas que de nada sirven: nada se me resuelve porque nada se me responde, pues en el fondo me cuestiono cosas que no necesitan ser reveladas. Soy yo mismo, como en un espejo, quien, sin información –y que jamás me será dada-, pretendo desenmascarar algo que sin duda no me requiere, y es impermeable a mis interrogantes. Lo único evidente es que los acontecimientos superan al individuo, que yo, por ejemplo, no soy dueño de mí mismo, ni por supuesto, de mi futuro; que la concatenación de elementos convergentes, lo que denominamos pasado, es movilizada por resortes únicos que dan unas consecuencias, en las que no me queda apenas margen para dominar la mayoría de elementos que incumben a mi propia persona, en cualquiera de los presentes. ¿Determinismo, o libre albedrío? ¿O ambas cosas simultáneamente? Angustia produce lo ignoto de los posibles efectos de lo anterior analizado. Lo crucial de todo es que se originan reacciones o respuestas que no impiden que yo, ente de alquiler, nunca dueño de nada, me sienta más o menos feliz y dichoso de saberme vivo –sólo en determinados momentos, por supuesto-. La experiencia de tener constancia de uno mismo es única, y pensándolo bien, afortunado soy, pues por mucho que se diga, no encuentro motivos suficientes por los que yo deba estar aquí, en este

mundo. El impulso último de esto debe de ser que no hay finalidad alguna. Dios no existe, pero crea. Así que, pese a lo negativo de lo meditado, soy feliz y agradezco, y doy saltos, y muevo los dados de mi mente con ágiles movimientos, y reincido en atribuciones de simpleza, y coincido con la inmanencia que me sostiene, dibujando filigranas y proyectando mi placer entre símbolos enhiestos.

Ha habido suerte de que nadie pasase mientras fregaba; me revienta tener que repasar lo recién hecho. Cae con fuerza el sol; la lluvia del crepúsculo matinal da la sensación que dejase un ligero e invisible vaho que nunca llegara al suelo, y los rayos solares, al atravesarlo, parecen converger entre sí para formar un blando efecto lupa que incide en mi piel, que me quema un poco. Creo que semejante fenómeno, después de una tormenta, se da siempre, porque no es la primera vez que lo advierto.

Aclarar el cubo, limpiar la fregona, tirar el agua por un imbornal... son cosas poco costosas de hacer, en las que se emplea un tiempo que se añade a lo ya transcurrido y contribuyen a dar una sensación de trabajar verdaderamente. La gente que pasa y me ve, piensa: “Este está por su labor”. No como cuando estoy sentado en la garita sin hacer otra cosa que vigilar. Odio el tedio y el sopor que me invaden cuando estoy sedente, pero, a su vez, deseo agregarme cuanto antes a la silla. Venga; vamos a ella. Se acabó la faena de las primeras horas y llegó el momento de tocarse las gónadas (me encanta



acariciarme los testículos cuando el escroto se halla distendido y suave, y bailan ellos a mi gozo como dados. Resbalan entre los dedos y producen un cosquilleo, una flojera... que deseas eternizar). La cámara subjetiva de mis ojos percibe cómo la pequeña edificación aumenta de tamaño a medida que me aproximo a ella. Me sobran sentimientos y no puedo expresar lo que siento; sólo sé que mucho tiempo se romperá y jamás podré recuperarlo, pues se perderá aquí –mi vida sobre una silla que cruje rastreramente-. Caigo a plomo: soy plomo.

-Hola, señor, buenos días.

-Buenos días.

A ver qué hay en estos cajones... ¡Uf! *La Galatea*. Es un ejemplar muy viejo; qué sensación más extraña transmite al tacto. Vaya; se desprende la contracubierta. Buscaré pegamento, pero no ahora; ya lo haré. Es bonito, diríase que honesto y simpático, el dibujo en tinta azul...: el señor sentado a la mesa, haciendo como que escribe: su tintero, la pluma de ánade... Supongo que representa a Cervantes.

Timbrio, Tirsi, Galatea, Elicio, Damón..., personajes surgidos del dédalo mental, fluyente y magistral, del más glorioso creador hispano, si no universal. Cuando leí *El Quijote*, no hace mucho, quedé impregnado de una sensación de maravilla que exaltaba de manera abrumadora lo nimio y ridículo de mis aspiraciones literarias. ¿Cómo podía pretender yo crear algo con la suficiente entidad como para poder siquiera besarle un tobillo a Nuestro

Señor Don Quijote? ¿Cuáles fueron las circunstancias, disposiciones, el trasfondo personal y social, que rodeándolo, se plegaron para despedir, explosionando, un astro de tal magnitud que nubló y nublará, por los siglos de los siglos, al resto de obras literarias? Proponiendo un símil, podría decirse que más que una supernova, resultó ser otro Big Bang.

Se abre, se cierra, se abre, se cierra... Me siento nervioso. No puedo concentrarme en leer. El sueño, maldita sea. Me resulta engorroso incluso acabar un párrafo corto. Este es un libro con el que hay que estar por él, fuera de tesituras que impidan una total concentración. Mi culo, me molesta; las vértebras... A ver si así... estoy más cómodo. ¡Ah! Qué posturas. Arrebol de mi sueño y cansancio; tensión de vigilia forzosa. Los cristales...; sucios. ¿Quién sale? ¡Ay qué sofocón! ¡Qué respingo! Horror, horror, horror..., mi pesadilla cotidiana.

Me levantaré. Me percibo, cielos, revoloteando. De reajo, muchacho, de reajo... Es como si se formase una implacable e imposible sonrisa en su tajo sin labios..., y se acerca..., rápido y cruel como una araña a su presa adherida a la red. Ya no hay salida; me da caza. Siento como si explorase a su víctima, antes de hincarle sus quelíceros podridos, pestilentes, y a continuación inyecta el veneno, todo el veneno que lleva dentro de sí. Qué sensación de repugnancia me produce siempre este hombre..., no la puedo evitar. Que me perdone quien me tenga que perdonar; pero me supera.

-Esto, y corriendo el riesgo de hacerme repetitivo y machacón, es intolerable. ¿Por qué motivo, cuando un padre o una madre ven a sus niños romper, colgarse de él o darle patadas a un árbol del parque no les regañan ni les dicen nada? ¿Adónde vamos a ir a parar?... -Y aquí, sin poder esquivar su mano. ¿Por qué me golpea el hombro y me hace daño? Parece su rapidez digna de una mantis religiosa. Me puede, este hombre me puede-... No te lo vas a creer, pero el otro día, al frutero de la esquina... -¿Me observa? ¿Por qué detiene su monserga? ¿Analiza acaso si su tormento hace mella en mí? Que siga hablando y se vaya de una vez; me siento ajeno a su magnetofónico monólogo. ¿Algún día podré discernir qué color y forma tienen sus ojos, parapetados siempre detrás de esas grotescas gafas de carey, enormes y ahumadas? Aún ridiculizan más su reseca y cadavérica cara de pergamino. A veces sospecho que no tiene ojos. Es un pensamiento atolondrado, sí, pero es que no se los puedo ver-... ¿Me escuchas? Decía que lo pillé tirando al contenedor productos podridos, ¡a las doce del mediodía! Imagínate, en pleno verano, el precioso efecto que hacía eso, cuando se pasaba por ese sitio. ¡Y es que no tenemos urbanidad ninguna! ¡Los buenos modales ya no existen!, o, de escasos que son, se puede decir que se hallan en vías de extinción... -Se anega en su perorata: ese soliloquio estúpido y machacón, que sobreviene casi siempre y casi a la misma hora. Intentaré hacer por que esto derive hacia una conversación que

tenga sentido. Es un lector consumado. Siempre va con libros bajo el brazo. ¿De qué modo lanzo la sonda? ¿Me permitirá hacerlo? Cuando se tercia que desea hablar conmigo de literatura hasta se me representa como un ser simpático y agradable, lo cual demuestra que el problema no es él, sino que deviene de mi personalidad, poco elástica-... le dije eso, ¡sí señor!, le dije eso. Y es que sucede como con el sinvergüenza del administrador. ¿No me comentaste que os hicieron entrevistas a varios, antes de que fueses tú el contratado? Me resulta difícil de creer, por varios motivos. Ahí donde tú lo ves, tan modoso...

-¿A quién?

-Me refiero al administrador, a quién va a ser. Pues como decía..., resulta que declara, por regla general, una relación falsa de los sueldos que hace constar. ¿Cuánto te va a pagar? ¡Bueno, bueno, da igual!, no vayamos a empezar como el otro día..., que resultó patético...

-Ahí llega su amigo.

-Lo vi.

¡Juas! La otra víctima propiciatoria de las mañanas. Se le acerca, y el pobre hombre no sale corriendo por dignidad. Ja, ja, ja, qué cara de sufrimiento se le vislumbra. Y, caramba, qué suspiro el mío.

-Hombre, Mateo, ya lo echaba yo a faltar. El otro día, ¿recuerda?, cuando me refería a que este joven aquí presente

debía haber iniciado su compromiso contractual con una serie de informaciones que, no sé por qué, le fueron ocultadas o imprecisamente reveladas...

-Lo siento, pero hoy no puedo entretenerme en absoluto. Mi mujer me espera en el supermercado con las bolsas de la compra llenas hasta los topes y me ha advertido, antes de salir, que no me retrase para nada. Ya estoy tardando, así que, sintiéndolo mucho, no puedo conversar con usted. Lo siento; me voy.

-El hombre este cada día está con más prisas. ¿Por dónde había quedado contigo? Ya que no me acuerdo, te haré una pregunta para saber a qué nivel están tus conocimientos lingüísticos. ¿Sabes, muchacho, lo que significa “pábulo”?

-“Pábulo de mis deseos”... Me suena bastante, de haberlo leído, pero ahora no recuerdo.

-Ya. Un erudito.

-Oiga, esto le pasa a cualquiera. ¿Cuántas palabras ha mirado usted en el diccionario y ahora no las recuerda? Así, seguro. Por ejemplo, ¿qué significa “exornar”?

-Ex... ¿Exornar?... Librar de culpa.

-No, no. Se está refiriendo a “exonerar” y yo le he dicho “exorar”.

-“Exorar”, es verdad.

-¿Sabe? Estoy escribiendo un libro, y lo llevo adelante colocando palabras cultas e inusuales. Mi intención es complicarlo a propósito, tan sólo para inflarme de vanidad.

-Eres vanidoso.  
-¿Y quién no?  
-Exorar...  
-Sí, exornar.  
-Exornar.  
-“Exorar”, se dijo.  
-¿Se dijo?  
-Se dijo, sí.  
-Exornar.  
-Exorar.  
-“Exonerar” no era.  
-“Exorbitar”.  
-¡¿“Exorbitar...”?!  
-¿Quién lo dijo?  
-Alguien.  
-¿Y ese alguien...?  
-Yo.  
-Yo.  
-No, yo.  
-Que no; yo.  
-¿Quién es “yo”?  
-¿Yo soy yo o no soy yo?  
-¿Quién habla?  
-A ver.  
-Yo, tú; tú, yo.

-Me tutea. Por lo tanto usted es usted y yo soy yo.

-Ahá.

-Ahora, si usted me disculpa, he de darle un vistazo al parking.

-¿Te vas?

-Sí.

-¿He podido decir algo que te molestase sin yo darme cuenta?

-¿Por qué lo pregunta? No sea usted susceptible.

-Es que así de repente... ¿Acaso no tienes tiempo de bajar allí durante todo el día; ha de ser ahora?

-Si usted lo dice... Mire, oiga, no tengo ganas de discutir. Yo estoy aquí para trabajar tan sólo.

-Pareces enfadado. Te enfureces por nada, muchacho. Vamos, vamos, no hay que acalorarse por pequeñas desavenencias.

-Si no estoy molesto. Si lo parezco, le ruego que me disculpe, pero que bajo ningún concepto me siento así, de veras.

-En fin. Dejémoslo. Yo he de irme también. Que vaya bien. Buenos días.

-Adiós.

Aunque sólo sea por las ganas que he puesto en acabar su acoso verbal, ha debido de notar algo raro, como talmente lo ha expresado. Es seguro que marcha para calmar los ánimos. Volverá pronto, pues a falta de otra víctima a su alcance, me tiene a mí aquí atrapado, sin otro remedio que soportar su

intrascendente y tediosa cháchara. ¿Pero por qué tediosa, cuando, a menudo, en mí mismo reconozco que me oxigena el sopor que me reporta como propina este trabajo? ¿No será que viendo su aislamiento, su soledad intrínseca a la manera de ser que tiene, la cual casi nadie soporta, y reparando yo en todo esto, me aproveche de ello dándome el lujo y el placer de subestimarlo y despreciarlo? Ciertamente es que este hombre resulta ser un divieso permanente localizado en el punto más incómodo que pueda haber en nuestra piel, pero tiene derecho, como cualquiera, a no ser juzgado con tanta ligereza y frivolidad. Sin duda él no sería la primera flor silvestre que yo recogiese si pasease por una landa, en verdad, pero supongo que tampoco sería la última. Es viejo; la senectud debiera imbuirle de un aspecto solemne del que sin embargo carece por completo. Pudiera ser atribuible esta curiosa faceta a su desbordante vitalidad, a la que se le debe añadir su enorme descaro y desparpajo, para acabar de malograrlo todo con respecto al mundo. En fin, las cosas son así.

Mateo. A ver... Sí, lo delata el característico chirrido de las ruedas de su carrito de la compra. El pobre se trastabilla siempre que tiene que tirar de él. Y su esposa, pudiendo hacerlo mejor que él, se limita la muy pécora a transportar una bolsa semivacia en cada mano. No me cae mal ella, pero la frescura natural de toda mujer que se precie de serlo hace que, según en qué situaciones, me indigne con todo el género femenino; y es que



las mujeres (sexo incrustado en una criatura, o criatura que, rodeando todo su ser, converge en la hendidura llamada vagina) son personas a los que el encargo prioritario genitivo de perpetuar la especie las conlleva a que tiendan a pensar todo en función de su prole, actual o por llegar. Con patrones vitales en los que son prioritarios elementos como la belleza del macho (por mucho que se desgañiten diciendo lo contrario), el poder, la posición social y el nido, han construido nuestra sociedad, fecunda en caprichos para quienes puedan abastecerse... Mejor no seguir pensando; a la postre, las mujeres no tienen la culpa de ser como son, pues su forma y contenido son el resultado de una imposición evolutiva y por completo natural; así que lo mejor es que me deje de misoginias y preste atención a la próxima andanada que me espera, cuando el anciano -casi seguro que ha sido en la esquina donde se ha encontrado con la pareja- se coma el resto del cacho de bressel que Mateo y su mujer le han ofrecido, quizá para ocuparle la boca en algo que no sea hablar y así escapar con prestancia y diligencia a su verborrea, mientras esté entretenido en comer. Veamos, a ver... Así; aspirar aire con fuerza. Ruido, el mínimo. Soltarlo; soltarlo poco a poco; mantener la calma... Eso es, que ya viene.

Debo convenir en que, sobre los aspectos femeninos que observo, no he reparado en pensar a que, por el hecho de que así sean ellas, también ello da lugar a lo adorable que resulta ser una madre; o el goce que producen esas espontáneas risas que

sueltan las muchachas jóvenes cuando van en grupo, tan vitales y sugestivas. Contemplar la alegría de una adolescente es el más exquisito de los placeres visuales.

-¿Ya regresaste?

-Sí. Sólo tenía intención de comprobar una cosa, mirar si estaba un objeto que no recordaba si ayer me lo dejé allí.

-Otra cosa que quería decirte y se me olvidó. Verás, muchacho, siento como una obligación decirte, a modo de consejo, aunque dirás que no tengo razón...

-¿Les ayudo?

-No. Gracias. Ya podemos nosotros solos.

-Como quieran. Disculpe; ¿me decía usted...?

-Eres muy extraño, joven, me has dejado con la palabra en la boca.

-Lo siento, no me percaté. Comprenda que ayudar forma parte de mi trabajo.

-Da igual. Decía... ¿Qué decía?

-No sé.

-Hum. ¡Sí! Ya está. Mira, joven, leer la obra de Proust -que no es que esté mal leer, aclaro- no te permite aproximarte al mundo y luchar por posicionarte en él. La lectura es para gente como yo: vieja y aburrida, que no tiene otra cosa que hacer, ni espera ya más de la vida. ¡Pero tú! ¡Yo a tu edad me comía el mundo!

-Entonces, según usted, la cultura es para viejos, y los jóvenes debemos darnos patadas en los cojones por alcanzar un nivel económico y social lo más elevado posible.

-Sí, sí. Ya te entiendo. Vienes a decirme lo que siempre he sospechado de ti: que eres un pasivo, que con este trabajo ya tienes suficiente, y, cuando acabes, seguro que encontrarás otra cosa. Todos queremos la comida mascada. Y por supuesto, el capitalismo tiene la culpa de que todo vaya como va, ¿no es así?

-No tiene la culpa pero se aprovecha. Y no me empiece, por favor, ya le dije que no me gusta hablar de política.

-Pues es lo que mueve todas las cosas. La política y Dios, desde luego, porque él es el supremo creador.

-Menciona usted cosas tan importantes y delicadas, que es mejor las dejemos de lado: tienen la obligación de funcionar por si solas; no perturbar, como lo hacen, la simple cotidianidad de la gente de a pie. Nuestras preocupaciones deben ser otras, y no la política o Dios.

-Me demuestras que no sabes nada de la vida.

-Cada cual es como es.

-Cada cual es como es, cada cual es como es... ¡Hay que ser como se tiene que ser! ¡Tenerlos bien puestos y no conformarse con lo mínimo!...

Me recuerda este hombre al grosero tabernero de la puñetera tasca aquella. Todos los abanderados del neoliberalismo parecen tener injertado un mismo perfil psicológico en su cerebro, los

mismos patrones de conducta, mencionando incluso las mismas palabras. Y esto les hace moverse de manera idéntica, respecto a su entorno. Casi resultan ser unos predicadores, auténticos alienistas, si pudiesen, de que lo que a ellos les ha ido bien debe ser compartido, a la fuerza –pues la fuerza es su mensaje-, por todos los demás. Éste y el otro, el barman, saben que en la vida que nos proponen sólo hay una cima, y está ocupada. Con subterfugios nos ofrecen el oro y el moro, cuando saben a la perfección que, si a ellos les ha ido bien, es porque han dejado muchos cadáveres, mucha miseria y rencor, por su camino.

-... había una docena por lo menos...

Debo reconocer que no se anda por las ramas, es directo. Recuerdo ahora un caso a la inversa, en el que lo que imperaba era la hipocresía. Sí, sí; cierto tiempo atrás leía con devoción un diario que se las daba de socialista –se me caía la baba de placer al hojear sus páginas- y que sólo transfería, comunicaba, mensajes de igualdad, de reparticiones equitativas, de justicia, etcétera. Aquél periódico lanzaba –en pretérito, sí, porque ya no lo leo- unas andanadas tremendas contra el sistema de mercado capitalista, juzgándolo y condenándolo. Todo muy bien, hasta que la siguiente idea cruzó por mi mente: *Ellos están inmersos en un mercado libre y no sólo sobreviven, sino que el grupo financiero, en el que el diario es sólo una ínfima parte, crece cada día más y más.* En efecto, cuando dejé de lado las concomitancias de las ideas ofertadas respecto a las mías y lo

miré con ojos objetivos y críticos, comencé a ver el juego sinérgico que todo el conglomerado empresarial empleaba para su propio beneficio. Si te percatas de semejante desfachatez, no deja de sobrevenirte una suerte de amargura al pensar que te han estafado y manipulado, justo en el sentimiento social que más ha arraigado en ti: el de la probidad y buenas intenciones para con los ciudadanos. Es un sarcasmo para la gente que de algún modo piensa en el bien de los demás, y me resulta frustrante que aún muchos no se den cuenta de la manipulación a que los someten. Quizás esto último sea lo mejor, pues saber los entresijos de ciertas cosas no hacen al ser humano más feliz.

Me disgusta que el anciano este, que al fin y al cabo ha sido un trabajador, aunque haya sacado provecho de ello y subido un poco, intente convertirme a su línea de pensamiento.

-... no creas que fue sencillo...

Más que por el hecho en sí, me lastima su propia ceguera, que no se dé cuenta de que él no ha sido otra cosa que un ganapán con cierta dosis de suerte; que ha desempeñado ciertas sinecuras bien retribuidas, nada más, y ahora, jubilado, se convierte en el bastión, en el ensalzador, de un estilo de vida que, ciertamente, en realidad, no se puede ni imaginar, el pobre. Lo que propone está al alcance de muy pocos individuos; el resto de la humanidad debe dejarse la piel en los trabajos que pueda conseguir, a cambio de una escasísima remuneración, que por eso mismo, por ser nimia, la condiciona a un sempiterno

sometimiento, en nombre del progreso... de unos pocos. Él no lo comprende; no lo desea: las oligarquías las mantienen los esbirros.

Mejor será hacerle cambiar de tema, aunque no me entero bien de lo que dice, con tanto ensimismamiento por mis batallas contra molinos de viento. Según me dijo el otro día, se ha leído entero *El Quijote*. Me lo contó como aquel que ha realizado un logro sin parangón conocido. Esto me hace pensar, a veces, que en realidad no le gusta la literatura, sino que más bien busca citas y obras que concuerden con su línea de pensamiento, y pueda decir cuando encuentra algo sugerente para él: “Esto lo dijo fulano de tal; si quiere se lo demuestro. Y: este señor fue catedrático de tal universidad, lo cual quiere decir que era más listo que usted y que yo, y se le debería, por tanto, hacer un poco más de caso”. Las referencias que él busque, las encontrará, porque en literatura, como en botica, hay de todo. Resulta muy sencillo alinearse con comentarios que se avengan, aunque estén fuera de contexto, con las ideas de uno mismo.

-... te noto pensativo, preocupado. ¿Me escuchas? ¿Acaso no vislumbras la verdad de lo que te digo? Mira, muchacho...

No se me acerque más, por favor, con ese estúpido aire paternal... La mano encima de mi hombro y ¿mirándome a la cara? Menos mal; la retira.

-He vivido más del doble que tú, y puedo asegurarte que la vida no es más que una perpetua lucha por la supervivencia en la que gana el más fuerte y el mejor dotado.

En mi interior debo reconocer que muchas cosas, de todas las que me dice, son verdaderas, que tiene razón; mi propia experiencia me lo ha demostrado; además, debería ser un iluso, o un cretino, para no darme cuenta de que la vida es como es, y no como la idealizamos que deba ser; pero me molesta que se desee incentivar semejante crudeza, en lugar de intentar atenuarla lo más posible.

-Cierta día me dijo usted que se había leído *El Quijote*. Se olvidó de comentármelo, de opinar sobre él; o quizás es que no quiso decirme nada.

-Bueno; sí... –Genio meditabundo que se pellizca la barbilla, antes de cruzar, ¡op!, los brazos, je-. En realidad no puedo comentarte gran cosa porque lo leí hace mucho tiempo y sólo guardo un remoto recuerdo global de la novela. Sí te diré que me encantó..., pese a que a veces me aburrí bastante, la verdad sea dicha.

-Si me permite un pequeño gesto de presunción, le diré una cosa que a mi parecer se le ha escapado a la crítica y yo he creído observar.

-Dime, dime... Ya veo que te posicionas en plan erudito.

Esta sorna repugnante y de aires superiores... Mejor no pensar. Lo malo es que me siento ahora un poco ridículo y por

completo cohibido para explicarle algo a alguien que me demuestra por anticipado que no sabrá apreciar lo que voy a decirle.

-¡Pues mire! Aquí donde me ve, resulta que estoy escribiendo una novela. –Me he excedido en informarle sobre esto. Mis palabras se precipitan a la incongruencia, al vacío. Debo resarcir el espantoso futuro de ridículo que me aguarda-. No cabe duda que es muy complicado escribir. Yo, cuando estoy en ello, a menudo digresiono sin llegar a ninguna parte. Pese a eso, he logrado avanzar bastante la obra; y lograré acabarla, se lo aseguro.

-¿No me estarás tomando el pelo?

-No, no, de veras que no.

-Te cuesta llevarla al final... ¿A qué crees que es debido?

-Pues... ya se lo he comentado. Le explicaré un poco: concreto en mi mente lo que deseo decir, pero, a medida que avanzo, se me abre un abanico de posibilidades cada vez más amplio que tiende a progresar hacia el infinito. Para evitar semejante desajuste y desvarío, entonces lo único que se me ocurre es ir cerrando episodios y acabarlos con cierta dignidad. No encuentro otro sistema de momento.

-Verás (se me secan los labios). Una vez intenté escribir una novela y no pude acabarla. Me enredé tanto que no supe salir con decoro de aquello que con tanta ilusión había comenzado. Sucedió lo que me explicas, que la trama me fue colocando,



cada vez más, una inverosímil cantidad de obstáculos y condicionantes que acabaron asfixiándome...

-Sí; eso es lo que sucede. Para los primerizos, el ensayo no debe quedar exento de una cuidada planificación. Tenga en cuenta lo que dijo Cervantes: “Se me debe juzgar más por lo que dejo de poner que por lo que incluyo en mis textos”. O algo así era. Se refería a que...

-Sí, sí... Creo que querías decirme algo sobre *El Quijote*. Hazlo ya, porque me voy. Se me hace tarde.

-¿Quiere que se lo diga, o hace como que sí por cumplir?

-No, no, de verdad. No hay acritud; es mi manera de ser. Siento curiosidad por lo que querías decirme.

Aguarda expectante, si quieres, porque mi motivación la destruiste con tu sibilante sonido de mi entendimiento. Ahora no puedo dar forma a lo que pensaba decir. Tu presencia me altera y decae mi pensamiento. Hay un adiós a las teorías, y al olvido lo corrompe la estupidez.

-Bueno, dime. ¿A qué esperas?

-No lo sé.

-Muchacho, a ti te pasa algo. Si no vas a decir nada, me voy ya. Adiós

-Adiós.

-Que vaya bien.

-Ese es mi deseo.

Se marcha, se aleja, y mi teoría queda sin ser expuesta. La conciencia, desentretida, apaga un interruptor; desaparece la excitación intelectual que la conversación con el viejo me ofrecía. El reloj. ¿Qué hora es? Humm. Llegó el momento de salir a comer. ¿Se me olvidó decirle a alguien que siempre traigo un morral con las provisiones del día? Correcto: bien cerrada la puerta. Ahora hay empeño en alimentarse y en pasar el resto del tiempo de la mejor manera posible.

Pero, señor (...), ¿no cree que usted merecía algo más digno para su persona? Hice lo que pude. Volteos, revueltas, esquinas..., la chica que me mira desde la otra acera y desaparece; los pasos, los pasos..., el esfinter; el placer; el sentimiento de vasallaje; germen en interiores..., y la plaza, la plaza... del castaño enorme que siempre ciega, insulso, los rayos hirientes, que al seno del banco deberían ir a parar.

Bien cómodo en la dura piedra.

No hay quien se dilate en las calles, y queda todo para mí, incluso la fuente, de consumo, a mí. Adorna el centro de la plazoleta, hacia mí. ¿Tengo el botellín lleno de agua? Sí. Digeriré mejor la comida. La verdad es que resulta triste y rancio el bocadillo. Siempre embutido de cerdo, incrustado en el pan casi duro del día anterior. Masticar despacio y contemplar a la nada edificada de enfrente. Deglutir el bolo, insulso y sin sabor. Me abastece de energía... Energía. Es lo que necesito para hallar caminos de logros y objetivos. No fallaré en el intento.

Muchos errores, aunque de vez en cuando germine entre ellos algún acierto. ¿Qué estará ocurriendo? El mundo cambia y yo no soy su centro. Precaria ingenuidad y bocetos de lo inapreciable. Mi fe en las personas me conmina a tropezar siempre con ellas. No debo decaer.

Cuando pienso en que estoy leyendo en estos momentos el segundo volumen de *En busca del tiempo perdido*, me consterna apreciar que no hay panteón reservado para alguien cuya función sistemática consiste en sobrevivir. Es imposible; y la fijación succiona a la creatividad...

... Concretar estilo y voz, y resolver mezquinas contrariedades de tiempo, modo y persona. Indagar en nuevos materiales. Siempre hubo fijación por crear un personaje que esclarece lo que le rodea a través de su propio pensamiento. Plantea excesivas dificultades, imposibles de solventar mediante meras palabras. Realizaré un recorrido partiendo de una premisa real que devenga en ficción; o ficción que mute en realidad.

El hallazgo de una idea, sobre la cama: ensayo macerado por una pequeña corriente de aire helado, sólido, meciendo el suave tul a través de una rendija de la desencajada ventana. Pero será otro día, circunstancia desvanecida. Hay momentos en los que la creatividad no se damasquina sino con groseros hilos de latón que usurpan, miméticos pero discernibles, la regia belleza de una flor crecida en el desierto de las desavenencias. Y sellar una impronta perpetua.

De labios y de terminaciones nerviosas dormidas que dejan escapar minúsculas migajas que, volátiles y casi ingravidas, acaban posándose en el suelo y en la tela de algodón teñido de azul que mis muslos planchan. Podría yo extenderme y redimirme, de nuevo, en mi sueño incestuoso, al momento hecho porciones en que la plétora de información se distiende y provoca que una hormigueante embriaguez goliárdica repose en el seno de mis excreciones mentales. ¿Sí? Cierto es. Cierto es. Las ideas son deposiciones en perpetua connivencia con los demiurgos. La escatología eclosiona para fundir sus dos acepciones semánticas y ofrecernos la cabeza de Jano vomitando realidad y pensamiento y formar así un charco en el que todo se confunde; y entonces asciende, etéreo, para ser deglutido por la otra boca, que de este modo genera un bucle hacia la eternidad, pues ella, la segunda hendidura, también deja escapar y se procede a la inversa. Ciclos: todo son ciclos.

(El aluminio crepita ante la presión y manejo de los dedos y se transmuta, de ligera lámina arrugada y arrulladora, en consistente y esférica piedra metálica. Cae ante un simple gesto, y reposa en un espacio del banco su insensible silencio. Manos se desplazan y desaparecen en un pequeño macuto, y pasan a dar vida a un arqueado cilindro amarillo, que se desnuda. Corazón pulposo, meloso y odorífero que pasma. Embriaga el sabor. Tajos cercenados, hechos pulpa; lengua que arrastra restos por el paladar; pulmones que aspiran con suavidad para incentivar la

circulación y diseminación de las exquisitas partículas con la finalidad de ser captadas por golosas pituitarias. Glotis que deglute la masa, viscosa, gelatina ya; y dientes impregnados de agridulce y un tanto aprensiva sensación que se pasa a mitigar con un largo trago de agua. Recogida de los restos diseminados en la batalla contra la materia orgánica moribunda, que son trasladados a la papelera. Detenerse a pocos metros antes de alcanzarla para ensayo de lanzamiento. Parábola errante y fuerza no sincronizada impelen a realizar un doble esfuerzo.)

No son hechos internos, subjetivos. Resulta una descripción un poco básica, banal. No sería lo que yo hiciese, en caso de abordar un intento serio de *corriente de conciencia*. Tampoco, desde luego, me molestaría en narrar los hechos acaecidos en un insulso día de trabajo como éste.

Madrugada feroz; gelatinas hirientes; cuerpos descompuestos en la noche de concierto, con gente enemiga al costado; y los marginales. Impacto ante la visión de carcasas humanas, elaborando dinámicas puramente inerciales. Tumulto de pieles tatuadas y agujereadas; olores etílicos que se sobreponían a la percepción; encendida la marihuana, y los rasgos lumínicos. Familias, tribus, cuya prole lactante ya vivía encerrada en el imperio del sonido aterrador y se desparramaba en las esquinas pringadas de vómitos. Berrear angustia y desamparo ante la cuchilla sonora que los convertía en silenciosos peleles. Los homúnculos paseaban, circulaban alienados, sobrecogiendo el

estado de ánimo de un individuo normal... Infierno de escuetos placeres, y de demonios auténticos.

¿Se puede sacar provecho de las facetas oscuras de la vida? El pragmatismo es una mera condición personal. Muchos artistas exaltaron la miseria y la mediocridad; más complicado es verificar si les resultó en verdad útil hacerlo...; mas tampoco tengo claro que buscasen beneficiarse con ello. A menudo la creatividad se alimenta de la realidad expoliada.

*Los arcos ojivales estallan solicitando un rincón para el recuerdo. La casa, sin fluido eléctrico. De fondo, clamor de niños: sonido constante, agudo, triste. La caída cuando salté; y mi madre acudió a mi auxilio y sopló sobre las palmas de mis manos escoriadas. Calor, protección, alivio; ninguna regañina. Otra vez presto a jugar... El tiempo se desmorona encima de mí, y mi memoria desfallece, agotada.*

A veces las improntas personales zumban como un tábano; y siento ganas de llorar. Mejor que deje paso franco a este instante, a yo aquí, con los brazos extendidos, apoyándome en el respaldo del banco, dejándome atravesar por una nebulosa de desgana y apatía. Vaciarne de preocupaciones. Tibia es la sombra del árbol, en un día aletargado de verano. Cerrar los ojos: calidocospio ciego referente a los diferentes niveles de presión sobre los párpados: luz interna, con aleatorias gamas de frecuencia. Placer, mucho placer; relajación; tiempo en reposo; atisbo de una ocurrencia...: el instante de mi muerte, supongo

que ya viejo, y recordar este ahora. ¿Cuántas vicisitudes por medio? Allí, donde sea, anciano, echaré la vista atrás, y veré a la persona joven que fui, soy yo, mi propio yo, y que, sentada en un banco pensó, piensa, en el remoto encuentro consigo misma, cuando vaya dejando de existir. Anciano moribundo ahora, en el presente, que recuerda tal momento; y en ese instante futuro, muriéndome, acordándome de este ahora. Bucle eterno.

Me marea el sentido cíclico de semejante abstracción. Parece como si cada imagen se alimentase la una de la otra para crearse un hueco fuera del tiempo o de nuestro universo. Debo recordar que debo recordar. A pesar de lo lastimoso que resultará semejante concepto en lo venidero, cuando conecte con este momento, no puedo dejar de sentirme satisfecho y congratulado con semejante idea.

Qué bien me siento aquí. Tibia brisa aromatizada y menguante, mezclada con la humedad latente de la tormenta de esta mañana. La cenagosa sensación de calor que días atrás he tenido a esta hora no se manifiesta. Motivado me siento para estirarme en el banco y dormir una siesta, con la cual recuperar un poco de sueño atrasado. Desidia, pereza, aprovechar la falta de obligaciones para descansar. Humm... Me siento laso, abatido, tullido...; el acostumbrado hormigueo en las piernas. Este jodido banco está un poco inclinado; el asiento y el respaldo forman como un ángulo agudo y tiendo a incrustarme en el fondo. Es un poco incómodo, sin obviar lo dura que es la

pedra; pero no importa. ¡Humm...! ¡Humm...!, a ver así, acurrucado de lado, en postura fetal... No, no..., no: la cadera se me hinca en el piso, y me duele. A ver como antes... Humm..., sí, mejor. Me gustaría poder relajarme por completo y echar una cabezada. Es difícil dormir, sabiendo que tengo una hora determinada para regresar al trabajo. No sé si me lo perdonarían, llegar tarde, pues ya me advirtieron que la máxima exigencia de esta gente es la puntualidad y el respeto total por el horario impuesto: permanecer en el sitio, sin ningún tipo de excusas de evasión. Hasta ahora no he fallado. Humm... Qué bien me siento; si sigo así, dormiré. Resulta agradable este abandono pasajero, porque ya comienza..., sí, ya comienza... Murmullos rodean mi ausencia...

(...)

Sin lugar a dudas, el periodo recurrente más misterioso de la vida de las personas, es el intervalo que hay entre el sueño y el instante en que deja de serlo para pasar a ser vigilia: esa tierra de nadie donde la nada conservada cede el paso a furtivos pensamientos e imágenes casi delirantes, sin dueño, mitad recuerdos y mitad ensueños, frágiles y escurridizas libélulas que se rompen como pompas de jabón por la acción de la canibalesca irrupción de la conciencia. Me sucede, ahora. ¿Es un pensamiento elaborado a conciencia o aún duermo? Estoy despierto; los titubeos eran un remanente moribundo. No sé la hora... Es pronto aún; he dormido muy poco, apenas una



cabezada. El lugar, irreconocible, extraño. ¿Palpa mi mano?  
¡Qué triste!, dormir en un banco en pleno día.

-¡Vaggjjjjhhh!...

-No te despereces tanto.

-¡Vaya, hombre! No me dé usted estos sustos.

-Pues porque te has despertado a tiempo... Te he visto desde lejos y venía dispuesto a dejarte temblando; seguro que no hubieras dado un respingo tan leve como el de ahora.

-¿Qué libro tiene usted en la mano? ¿Me permite?

-Sí, sí; toma. Me he llegado a la librería para comprarlo y ya vuelvo a casa a comer. ¡Anda que vamos a prosperar con actitudes como la tuya! ¡Hay que poner empeño, muchacho, y sacrificarse por conseguir unas metas! ¡Desde luego...!

-Parece interesante. ¿Novela histórica?

-Sí, de cuando los tripulantes de las carabelas descubrieron el Nuevo Mundo. He oído decir que se ajusta bastante a la realidad, por eso lo he comprado.

-Bien...

-Si no te importa devolvérmelo... Gracias. Es que tengo bastante prisa. Adiós. Ya nos veremos.

-Adiós.

El cosmos es un enorme conjuro de recurrencias. Todo se repite, sin importar que los hechos sean producidos por objetos inanimados o por criaturas sintientes. Y en ti, la hilaridad se me escapa cuando busco el ejemplo de tu ubicuidad. ¿Qué hago

ahora? ¿Me compro un helado y doy un paseo para distraerme? Sorber delicia de nata y trufa, que colapse todos los rincones de mi sentido del gusto. Acudir después a la caza de un banco que se halle en algún lugar más discreto que éste, donde no llame demasiado la atención. Todo me parece ahora un cromático mosaico, con fondo en donde lo único que se mueve soy yo mismo, pero cuando pase un rato, la holografía cobrará sustancia y movimiento, y me sentiré asediado por las miradas altaneras y despreciativas de los transeúntes, que, casi con seguridad dotados de cierto nivel y clase, me tomarán por un desarrapado, o un marginado, o un vagabundo, o un trabajador poco cualificado, acertando los que piensen esto último. En verdad, ya circulan algunos automóviles por las calles, y pronto lo hará la gente de a pie. Mejor será que camine. Me compraré el helado en la horchatería de siempre. La niña que atiende es muy simpática y muy maja: buenas tetas y buen culo: prieto, alzado, con la usual forma de donde subyacen las imagerías del erotismo. ¿Alguien fuera de lugar? ¿Yo? Las chicas, tan bellas, sus cuerpos, su manera de ser, su dualidad: ese desear pero haciendo creer que lo deseado no se quiere: lo que de modo más sofisticado se denomina “dengue”. Las mujeres raramente se hallan solas, al contrario que nosotros, los hombres. El motivo se debe a que normalmente se someten a su función procreadora: cuando tienen hijos, se hallan obligadas a amarlos,

por imperativo genético, sean como sean éstos. Las hormonas toman un papel muy relevante... Sólo una madre...

-¿Qué desea?

-Lo de siempre, ya sabes.

-¿De nata y chocolate?

-Sí.

Culito expuesto mientras hurga en el congelador... Hummm. Me parece que es consciente de que la miro. Sí..., sin duda: se le dibuja una sonrisita en su cara bonita... Se siente complacida de ser admirada. Si yo fuese de otra manera, intentaría entablar conversación con ella, pero, ¡cielos, soy tan tímido! Mi vida sexual y afectiva se me escapa por el sumidero del onanismo.

-Tenga usted.

-Cóbrate... Venga; hasta otra.

-Buen día tenga.

Qué rico. Lametones por aquí, lametones por allí. No dejaré que se derrita, ja, ja... Caminar... perdido en abstracciones, en todo y en nada, en retener ocurrencias y conminarlas a un examen, siempre superficial, sin sentido ni motivos. El pensamiento es procaz, sensual, se incrusta en los genitales... Todo, todo toma una dirección genitiva, creadora, sucesora... Divago; y salgo de zona conocida para sumirme en una suerte de exploración. Podría perderme. Registro de señales para no tener problemas a la vuelta. Una ferretería... Sólo un par de esquinas más. Mi pensamiento, ¡ay, mi pensamiento!, que intenta

describir. Resulta anómalo. ¿Es éste mi pensamiento? Se define en estructuras que se basan en circunstancias interpuestas por el lenguaje... Las imágenes y las sensaciones de los sentidos, ¿dónde quedan? Los recuerdos mezclados con el presente, dando una suerte de transferencia y actuando como si se originase algo nuevo, o si no, por lo menos diferente. ¿Lo diferente es nuevo o lo nuevo es diferente? Me infiltro por veredas inquietantes, ominosas, en aras de algo que se narra, y subyace. ¿Trabaja así el cerebro humano?... Todo en mí es artificial. Un parque precioso, enorme; bonito descubrimiento. Los arbustos aquellos. Camino y más camino, a la búsqueda de un rincón discreto. Nadie por aquí, nadie por allá... A evacuar. ¡Uf!, qué alivio... Más intenso el verde de las hojas. Ojo con las salpicaduras.

Daré un paseo, a ver si encuentro una buena guarida donde reposar. Tengo pérdidas... de memoria, je. Así: bragueta subida... Pierdo el hilo. A veces temo si no estaré cayendo en el pozo de la locura, cuando a menudo intento justificar mis propios pensamientos, como si tuviese que clarificárselos a alguien. En mí no hay nadie más que yo mismo, por supuesto..., y resulta desconcertante mi modo de proceder... ¿Existirán los telépatas?

Bonito parque, con su lago en medio. Los patos nadan tristes y apáticos, desganados; nadie los anima dándoles un poco de comida. Allí hay un banco. Me tenderé. ¿Qué hora es? Tengo

tiempo de sobras. Bonito cielo, que se arruga a mis ojos. Qué sueño, qué pereza, qué flojera...; todo, todo abonado a no hacer nada. Más cómodo éste, de madera. Las ranuras que hay entre las traviesas hacen que éstas se me hinquen un poco. Además el piso no es muy uniforme. No todo puede ser perfecto, pero es mucho más blando que el otro. Mundos y personajes. ¿Momentos de mi vida? La profundidad de las raíces de los defectos y virtudes se incrustan en parajes inhóspitos, crueles, inquietantes. Anfractuosidades que mi cerebro añade con la complicidad del tiempo. ¿Detrimiento de la calidad de mis esquemas?... Motivos y zarandajas que no vienen a cuento. Me duele la cabeza. Me ensimismo demasiado. No es normal; algo me ocurre. A ver cuándo podré ir al médico; seguro que habrá un diagnóstico. ¿Una neurastenia, y que debido a tal debilidad nerviosa acabo pensando siempre a modo de bucles, compulsivamente? Bromeo conmigo mismo cuando hablo de “mis” neurosis, pero debo ir con cuidado, pues podría acabar desembocando en un desajuste de mi realidad interior, semejante flirteo con las enfermedades nerviosas, y padecer más tarde auténticos problemas. Algo hay, y sí, mejor que me lo haga mirar. Poca tontería con estas cosas –otra vez el pensamiento redundante-. No debo obsesionarme más. Dormir, relajarme, sentir las escasas lanzas de sol que cede, gentil, este árbol. ¿Un alcornoque? No sé, pero buena sombra da. Estoy mejor, un poco mareado, pero mejor. ¿Cuántos años de esfuerzo se necesitan

para describir con prístina plenitud un solo instante? Un trozo imperecedero de tiempo referido, escrito en base a todos sus conceptos y dimensiones, necesita de más de una vida. Esta es la gran incongruencia y la gran imposibilidad. Todo queda en intentos, y el que mejor se aproxime a lo que se pretende expresar, será el más bien considerado por todos. Un trabalenguas atornilla los puntos disipados en incongruencias. Debo calmarme, salir de aquí ¿De mí? Soy cuerpo y sus efectos directos. ¿Quiénes eran aquellos fantasmas que me acosaban? Las circunlocuciones se parecen a estratos pirogénicos mentales, lava disuelta y revolucionada en donde yo soy un mero espectador consciente de lo que sucede. ¿Por qué me siento así? ¿Por qué esta desazón? ¿Qué me sucede? Malditos nervios... Y hoy no he tomado café..., ¡ah, sí!, después de levantarme. Ha pasado mucho rato ya. Me siento como si todo se me escapase de las manos. Fe en mí mismo, ante todo: al señor Bloom la crítica le achaca que no puede ser un personaje creíble debido a que la variedad de su léxico no concuerda con la posible educación recibida, que se trata de un hombre vulgar en todos los aspectos, mas ¿quién puede decir que no sea un gran autodidacta?... Nadie... *“De nuevo habéis bebido. ¿Qué tiene de extraño que murieses?” La lógica se enarbola de modo sistemático. El váter se atasca de papel, cae todo en granizada y no se puede hacer nada. “Sube y dile eso.” “No quise que fuese así.” Son minutos, golondrinas de incertidumbre que*

*planean bajas, anunciando la lluvia de otoño. “Me siento apartado de la comunión del cogollito...”* Nada que recordar. Es intransigente la angustia que siento; y toda posibilidad se estanca. Cinco minutos, y eso es todo lo que perdura, hasta que lo olvide, y nuevos sueños renueven lo acontecido. No vale la pena; me levanto. ¡Qué dolor de espalda! Me pica...; qué alivio rascarse. Mi figura bien compuesta... Así. Gorjean los gorriones; me parecen ruido. Los niños acabarán dándose un buen remojón por intentar coger los patos; y los padres no se inmutan, mirando tan tranquilos desde la terraza del bar: me sustituyen. Bueno, arreando, que es gerundio. ¿Qué puedo hacer, mientras estoy allí? Podría arreglar un poco las aucubas pisoteadas de los jardines interiores, y sin embargo no me apetece. Me sentaré un rato en la silla y escandiré algún que otro verso. No creo que reciba quejas de nadie, cuando lo principal ya se ha hecho. Tenían que poner una advertencia sobre no sé qué en el panel de anuncios, y les faltaban las chinchetas. El ladrillo de terracota de la garita está bastante descompuesto. Qué cojones harían para que esté hecho pedazos el buzón de sugerencias a la presidencia. Me mataré por este terraplén; rodaré hasta llegar abajo. ¡Qué complicado soy!: siempre tomando la línea más recta posible, aunque esté llena de cuestas y zarzales. Ya estoy. Si me olvido de mirar los buzones, mañana lo haré; no hay prisa. De aquí a que se llenen queda mucho; ayer los repasé; y el del hombre que me ha dado la llave, él mismo lo ha vaciado hoy. A correr, que

este cabrón no para, y eso que el semáforo lo tengo en verde. Otro estribillo. Siempre, siempre están en el fondo de la mente, remanentes, tozudos, repetitivos como discos rayados. Me da la impresión de que el fémur derecho no acaba de encajarme bien en la cadera; su rotación es un poco arbitraria, me cruje, y de vez en cuando tengo sensación de aplastamiento, como si algo se allanase. (La ferretería.) Debo comentárselo a la traumatóloga, pero sé que ella le quitará hierro al asunto diciendo que es algo bastante normal, que los huesos suelen sufrir leves desajustes, y que lo mío no es nada grave, sino más bien natural. Cuando le doy un poco el tostón me insinúa no sé qué sobre los nervios: hipocondrías y demás variedades de excitabilidad anormal. La Administración está llevando a cabo una derogación casi absoluta de los subsidios por invalidez, conminando, y casi asustando, a los médicos para que trivialicen todas aquellas enfermedades y lesiones que, aun siendo graves y repercutan en el rendimiento en el trabajo, no sean visibles o incidan poco en una cotidianidad sin esfuerzo. Puede que sea una idea paranoica, mía, pero me parece que, por desgracia, los recortes presupuestarios del Gobierno se están ensañando con las áreas que inciden directamente en los más desprotegidos..., conmigo. ¿Queréis liberalismo a ultranza, a costa de lo que sea?; conseguiréis anarquía salvaje, absoluta: guerra: todos contra todos, y a hachazos. Nadie pescará nada porque nada quedará para pescar. Bueno, bueno, hay que cortar el sofión porque el



sulfuro se está gastando a medida que arribo a mi ataúd con vistas.

Pero es verdad, joder, me duelen los huesos, estoy enfermo de ellos... ¡Oh! ¡¿Cómo lo enfocaría?!...: “Las turbulencias del sonido del órgano cingaro remueven la hojarasca y papelotes y envoltorios de golosinas y helados; todo se fermenta en un remolino de pasta prensada y decibelios que se elevan hasta el cielo. Los últimos sesteantes alzan las persianas y se asoman a los balcones y ventanas para determinar con curiosidad, mientras se restriegan las legañas, la procedencia del ruido intempestivo y desordenado que ofrece el improvisado espectáculo de los palmeros sudados, morenos, con mostachos y desfasada indumentaria, venidos del sur olivarero y caduco, que con vigor se desplazan por la calle sosteniendo su platillo pedigüeño”.

Los gitanos perpetúan sus costumbres, pero se adaptan a los tiempos con esos enormes altavoces sujetos al órgano electrónico colocado sobre un carro de un solo eje y tracción humana. Estas personas, esas que veo, por lo menos a su manera son honestas, porque ahora la mayoría de ellas están inmersas en el tráfico de estupefacientes.

-Lo siento, no tengo nada suelto.

No me mires con ese hálito de desconfianza. Las veredas difluentes de mi esencia te reprochan; y lo sabes. No tengo dinero para mí; ¿voy a tenerlo para tu vida de cuento? Trabaja;

esfuérate. (¡?) Je..., qué cabrón soy; cómo difieren mis convicciones cuando conciernen a otros: él, que trabaje, le impongo; yo, con derecho a una pensión vitalicia... ¡Me cago en Dios! Si es que lo tengo mal si no lo consigo. No puedo sobrevivir teniendo trabajo sólo un mes al año, o poco más. No hay tareas por ahí afuera que yo pueda sobrellevar con una mínima dignidad: deben ser cosas parecidas a esto... Y seleccionar con los tiempos que corren... Nunca debí ir a la vendimia. Fue un trabajo demasiado esforzado, las canastas pesaban mucho y, claro, me lesioné, me provocaron las tres malditas hernias de disco que tengo ahora. Yo era demasiado joven, no estaba acostumbrado a trabajar, y de repente tal ritmo para mi cuerpo desembocó en esto, maldita sea. En fin, el mal ya se ha producido. Hay que dejar de lado todo este asunto de momento; ya me ocuparé de encontrar una salida al laberinto cuando acabe de este empleo.

La cerda no tiene paciencia (no desea tenerla), me aprieta demasiado y quien terminará por perderse seré yo. Mis supuestas amistades me han abandonado; estoy solo en mi bregar por el mundo. La gente es hipócrita, sólo se te arrima cuando puede sacarte algo. ¿Cuántas veces he escuchado de alguien: “Si me necesitas, llámame”, y después sólo he encontrado la indiferencia por respuesta? Estoy asqueado de verdad. Carezco de contactos e influencias; y mi novela, aunque

llegue a acabarla, nunca se publicará; lo doy por hecho. Pero no me desanimo.

¿Y la llave? Aquí. Bueno; dejar este trasto. Chirrían demasiado los goznes de la puerta del lavabo. ¡Qué peste! Esto, que el mecanismo de desagüe de la cisterna no funcione, es un contratiempo. Aunque nunca hago aquí mis necesidades mayores, por no tener que llenar el cubo de fregar y recorrer el patio con él, a la vista de todos los vecinos. “Mira, éste ya ha cagado. Debe de ser lo único que sabe hacer”, pensarán. Pero no hacerlo tampoco me sirve de nada, puesto que meo en el retrete, y si no se renueva el agua del sifón la orina acaba pudriéndose y oliendo a perros muertos, como ocurre ahora... ¿Quién llega?

-Hola.

-Buenas tardes. ¿Desea algo?

-Pues vengo a visitar a la doctora.

Otra criatura despistada.

-No, no; ha de venir mañana por la mañana. La doctora visita ahora en horario de verano. Hasta dentro de unas semanas...

-¿No fue usted mismo quien me dijo que ha dejado de consultar a esa hora?

-¿Yo se lo dije...? No recuerdo. Tenga en cuenta que soy el suplente, estoy desinformado y aún no sé cómo va el asunto. Sólo le puedo asegurar que hoy ha visitado ya, así que dudo que vuelva por la tarde.

-Está bien, pero asegúreme usted cuándo visita, porque estoy hasta el cogote de tanta contradicción.

-No puedo hacerlo. Sólo le diré que he oído que prolongará el horario de la mañana durante un par de semanas más...

-Bueno. Si es así, habrá que resignarse y venir mañana a la hora que usted dice. ¡Hala! ¡Una caminata más para nada! ¡Como vivo cerca y soy joven y mis piernas están sanas!... Porque precisamente es por las piernas que vengo a visitar a la crápula esta... ¡Bah! ¿Qué se le va a hacer? A casa a descansar. Adiós, joven.

-Adiós, adiós. Lo siento de verdad.

Siento de verdad que se haya molestado para nada, pero yo lo que voy a hacer de inmediato será sentarme y tratar de entretenerme de alguna manera y dejar que pasen estos reticentes minutos de asedio que faltan para que dé comienzo el segundo periodo de mi gran trabajo. Cómo gruñe la silla cada vez que me siento en ella. Caramba, ahora me viene el mal olor del aseo. Igual es que no he ajustado bien la puerta. Eso era...; correcto. Espero que esa persona no lo haya notado; aunque pienso que no, estaba demasiado lejos para que llegara a su olfato. Por cierto, ya echaré agua mañana: como ahí sólo meo yo —o eso creo—, no tengo prisa en higienizar un poco el cuartito. ¡Y otra vez aquí! Espera que te espera, aburre que te aburre. Me pondré cómodo, pues no tengo ganas de revisar estrofas para saber si son quintetos o sonetos o..., o lo que sea. Ya estudiaré

en otro momento, cuando tenga ganas. Configuraré cosas con mi mente; es curioso que la imaginación pueda recrear lo que desee. ¿Qué tal si estiro un poco el cuarto, lo hago más grande de lo que es? Hecho. ¿Y yo mismo ser un gigante de dos metros...? Ya lo soy. Todo muy bien, perfecto, pero para conseguirlo o creérmelo debo quedarme quieto, pues si me muevo el hechizo se romperá. Es lo objetivo y real ante la concentración y lo subjetivo; y ahí, en lo decidido por nuestra mente, todo lo podemos transgredir...: el universo es una farsa.

De niños no tenemos nada circunscrito a nuestra personalidad reciente: sólo los genes y un cuerpo pequeño acabado de llegar a no sabemos dónde. Todo nos parece mágico; no entendemos de causas y efectos..., ni nos importa, claro. Visiones desgajadas y ruidos sin procedencia desfilan por la tremenda inconsciencia de la novedad. Después todo pierde el encanto a medida que vamos fijando valores, hasta que llega un momento incluso en que no pueden nuestras mentes bastarse por sí mismas y necesitamos sondear en la creatividad de los demás para mantener viva la nuestra, empobrecida y marchita ya. Según cómo, se nos podría definir como vampiros de la imaginación ajena... Bien; un punto de inflexión... ¿Qué hago? Podría leer, escribir, silbar, contarme algo, trabajar... No, trabajar, no; quizás después, pero ahora no. A ver que mire el taco de notas... ¡Qué malo soy! Como poeta no me ganaría la vida, desde luego. *La templada brisa cimbreo el vello, la piel de un sitio que soy yo. Abro los ojos y distingo la*

*realidad engañosa y luminosa de una tarde de agosto... ¿Dónde radica la grandeza del ser humano? ¿En verdad la tiene? Realidad: palabra múltiple, tan personal y subjetiva como seres vivos hay en el mundo. La desidia se adueña de mí; y una bucólica abulia, también. El plato perforado del tiempo complementa la embriaguez de los recuerdos, de aquello que ya jamás estará, excepto en mi interior: con acrisolado fluctuar. Y yo me pregunto: ¿después del recuerdo qué queda? ¿Olvido?*

No parece que sea esto tan malo, mirándolo bien. No se guarda medida ni cadencia poética alguna, pero intenta manifestarse cierta belleza; y a fin de cuentas, eso es lo válido. Hay que concretarse en la razón de que la polimatía de un individuo no puede ser absoluta, y en consecuencia no puedo ser tan exigente conmigo mismo: si no sé versificar, pues no sé versificar, y ya está.

Creo que es reciente, bastante. ¿Cuándo lo escribí? ¿Sería conveniente repasarlo?... Que sí, que me gusta. Analizaré la posibilidad de mejorarlo, pero creo que poco se puede hacer. Percibo que hay un tema recurrente en mi poesía...

Hum; veamos; pasar a la siguiente página. *¿De dónde procede que tú te lleves el contenido de mi vida?* No hace falta analizar demasiado. No es más que una frase, del todo desconectada, y sin reservas por extrapolarse en un accidente de conversión hacia una consecución de lo indefinido e indefinible, puesto que las referencias a un sujeto “succionador” que mata al

hecho inherente pasivo son subjetivas. *Destilas miel, fuente de vida. Grieta profunda y desolada, necesitas ser mimada.* Mejor dejarlo. Aquí; a un lado.

Fue devastador: impresión de no poder controlar nada. Desbocado y vergonzoso. Pero... es inaudito, voraz. ¡Cielos! Es básico que me concentre en alguna cosa. Ahora caigo en la cuenta de que la dichosa cancioncita aún no se me ha marchado de la caja de resonancias. En fin..., tozuda que es... ¡Qué poco control de sesera! Ahí, machacando como el aparato de radio de un vecino, sin poderlo desconectar. Perdí la ilación de lo que pensaba. ¿Qué era? No, no me acuerdo. Ante todo, afirmación. No disolverme. No delicuescente como una pastilla de jabón. Pero es todo tan irreal cuando los sentidos son analizados, cuando el pensamiento parece pertenecer a otro, navegando por procelosos mares de inconsistencia... Me duele no sentir dolor, estar envuelto en viejos algodones pegados a la piel que entumecen el sentido conceptual del yo. Cuántas cosas han pasado desde que recuerdo. Fluyo como un bajo deje de conformidad sin puerto en el que varar, a la deriva, cargado de deseos sólo satisfechos en la nostalgia. No debería cerrar los ojos; alguien podría verme. Aunque es difícil que me atrapen en tal situación, porque la mayoría está de vacaciones, y transita poca gente a estas horas. Me siento mal, como un muñeco de carne al que una estúpida conciencia se le aferra como si le fuese la vida en ello. Y es probable que así sea. Resulta curioso

el hecho de pensar. A veces echo la vista atrás, a cuando era niño, y me doy cuenta de que mis pensamientos actuales difieren poco de los antiguos, salvo la excepción, por supuesto, de que hoy son más elaborados: mayor repertorio de palabras, más experiencia y sus precauciones consecuentes, un bagaje de la memoria con el que puedo comparar con mejor calidad y acierto..., supuestamente... También malos momentos, tristes. Sí, mayor gradación, pero el fluir mental se sostiene en una base casi idéntica, sin duda..., a no ser que la percepción vaya transmutándose y yo no me haya apercibido de ello. Pero creo que no me equivoco: incluso los deseos, excepto los sexuales, pues en la infancia se hallan aletargados y se manifiestan a partir de la adolescencia, son iguales. No cambiamos apenas. Pereza, irresponsabilidad, jugar, sed de dominación, curiosidad por el entorno, deseos de contemplarlo todo desde lo alto de la montaña: lo mismo, todo lo mismo..., o similar. No soy un inconsciente como para no haberme dado cuenta de que he crecido y me voy haciendo mayor, de que se incrusta con el tiempo un nuevo repertorio de malestares físicos y psicológicos -de un modo, en mi caso, brutal por exceso-, como si mi recorrido vital fuese un pozo inmenso del que se puedan extraer infinitos matices de lo doloroso y lo absurdo... No, no soy tan inconsciente, pero... es desencantador ver que el trasfondo es invariable...; o en realidad resulte encantador, pues demuestra que nunca perdemos nuestra esencia infantil... No sé. Pero es



evidente que resulta inquebrantable la rigidez de la pérdida. Fluímos como navíos a la deriva, como trenes cargados de deseos sólo satisfechos en la nostalgia. Buscamos y buscamos sin advertir que lo anhelado no está en el pasado ni en el futuro, sino en el presente, en ese instante de no existencia que sólo se manifiesta en nuestra mente. ¿Estamos intentando flotar en un concepto colectivo que nada tiene que ver con la vida y el tiempo? Todos tropezamos, todos, contra el muro; y es que es sencillo: el muro somos nosotros mismos.

Veamos... Queda uno; ya se me había olvidado el bloc de notas. Éste fue el primer apunte que tomé aquí; recuerdo que no me pareció malo. *Nada se puede hacer solo, lejos de la hoguera que se retroalimenta. La desidia engendra más desidia. La insidia, acechante como siempre, gana terreno y me libera; no de sus terribles consecuencias, pero sí de la responsabilidad, del objeto que quiero dar. En realidad, nada anormal sucede: la entropía exige cumplir sus leyes. El preboste, jugando con las potencias, dictó la sentencia: "Serás una mierda". No pude responderle: no existía. Pero ahora sí, y me rebelo; mas no recuerdo que él dijera eso. ¿Quién lo dijo? Dicen que lo dijo alguien, incluso afirman que se trata de un ínclito personaje. ¿Qué personaje? Es indiferente: mas seguro que lo dijo alguien.* Me gusta, a pesar de su candidez y su desastroso modo compositivo. Me gusta a mí, con eso basta. El repaso produce que los considere como no válidos para incorporarlos en un libro

de poemas, evidentemente. Pese a todo, es indudable que nadie aparte de mí los leerá jamás, todo y que tuvieran algún valor real, compartible... Cajón... Guardado.

Nunca hay concomitancias entre lo que se piensa y lo que se desea, ni entre lo que se habla y lo que se realiza.

¿Debo ser sincero conmigo mismo y aleccionarme de que jamás podré acabar la novela?; no por incapacidad técnica o por cuestiones de gramática –a mí mismo me advertí que existen los correctores de estilo-, sino por temor a exponer mi quebradiza y contradictoria visión del mundo, porque en el fondo creo que le concederían poca o ninguna importancia, e incluso pienso que se reirían de mi banalidad y estupidez. Mi imaginación es pobre, y por ello raramente mi literatura se alimenta con situaciones que estén más allá de la anécdota. De todos modos es una única novela, y si algún día llegara a acabarla y se publicara, emergería una crítica bien dotada y objetiva que podría calificarla y ubicarla en su lugar pertinente. Así que es mejor no pensar, ya de una vez, en mis ínfulas de escritor: hablará el tiempo, y el destino es, con toda seguridad, el olvido absoluto de tal obra... ¡Vaya!, ya no tengo incrustado el estribillo machacón en la mente... Qué bien... Y virando hacia otros asuntos... ¿Cuántas veces me he desmentido, afirmado, vuelto a desmentirme, y de nuevo reafirmado hoy?... Muchas; demasiadas... ¿Mi psique me miente?... Estoy cansado de redundar siempre, sin cesar, de dar vueltas y más vueltas a los

mismos temas. Me encuentro solo en mi batalla de afirmación personal. Retrocedo y avanzo en la espiral que conforma mi cascarón de caracol, que cruje pisoteado. Tiempo, literatura, muerte, identidad, deseo, conocimiento ilustrado y empírico, adiestramiento, sexo, imaginería y más cosas que no acierto a representar... se barajan en el mazo de naipes marcados de un menestral. El fuego crepita y las cenizas vuelan, rodeándome como torbellino de sensaciones plasmadas en una ambición por conocer que no tiene parangón. Tal necesidad produce que me deshaga, o diversifique en exceso, y me transforme en algo insulso, romo, sin carácter, predeterminado por un pensamiento sistemático, y sin embargo atroz, que intenta atravesarse a sí mismo para encontrar asideros, buscando lugares donde apacentar sin que le perturbe el furioso enjambre de una realidad que lo supera y ante la cual se siente impotente.

Me percibo sistemático, predecible, insulso, patético; como entremezclado en el fondo de lagunas estériles, saciadas del pegajoso orín de la conformidad. Metamorfosis de la imprecisión, que declina su complacencia e impotencia hacia lo subjetivo, sin imponer jamás un dominio territorial. Mi intimidad se explaya en fragmentos ocasionales... ¿Dónde imprimo el azur de mi devastada heráldica? Incluso las remanencias inmateriales se manifiestan en variantes que advierten sobre el hecho de que un sistema vasto y complejo, inabarcable pero insuficiente, puede minar a un elemento frágil

y transitorio, mínimo, y proclive a indagar allí donde nada es palpable ni necesario. Y sin embargo tal sistema y semejante elemento son lo mismo. ¿Por qué esa dicotomía?

Hay que sacar el tren de aterrizaje y maniobrar para tocar suelo. Demasiada metafísica para un solo día. En definitiva, y poniéndome pragmático: todos mis proyectos debo posponerlos hasta que cese en este empleo. Y ya que estoy aquí, trabajando, recapitularé con el objetivo de tomármelo todo más en serio – incluso a mí mismo-. A este paso, el año que viene no contarán conmigo para realizar la suplencia. A ver... La hiedra de esa jardinera emerge mustia, asediada por virus y hongos. La desbrocé de hojas y escapos secos hace poco, pensando que si la libraba de soportar una carga muerta se revitalizaría, pero debí de proceder tarde, porque las ramas que estaban sanas se marchitan ahora. Sin embargo la de al lado crece plena, verde y saturada de savia; y como siempre ocurre con las naturalezas sanas, pululan, adheridos a sus tallos rizoides, parasitarios orobanches que se aprovechan de su gentil exuberancia: donde hay, siempre se encuentra algo o alguien dispuesto a extraer. ¡Vaya! ¿Pero pasan de largo por la calle transversal o se aproximan a esta misma? Me asomaré a ver... Ya veo la parodia de tornado acústico. Uno grande delante de ellos y otro más chico detrás: curioso efecto doppler. Pasan de largo. Mejor si no se detienen. Me pregunto por qué actúan –para ellos su jaleo debe de ser una especie de representación o algo así: como un

teatrillo ambulante, digo yo- en momentos tan intempestivos, sin apenas transeúntes a los que pedir un óbolo y llevarse una cantidad sustanciosa a su casa, o su caravana, o donde quiera que estén instalados. En fin, da igual, que hagan lo que quieran: es su vida. Relajarse y tomarlo como lo que es: un pequeño incidente que sacude la armonía del momento.

¿Dónde hay que trabajar, que me apuntooooojjhh?... Espero que nadie haya advertido el bostezo. Jjj. Veamos, veamos... Plis plas y escarda para escardar. Tengo que ordenar las herramientas... algún día. Revisaré la juncia que crece en la parte de afuera. Estas ciperáceas son peores que las gramíneas más salvajes y tenaces: cuanto más haces por exterminarlas, con más fuerza y vigor vuelven a desarrollarse, como si los bulbos rizosos que tienen dispusiesen de un abasto energético infinito. Cada día proliferan más, y creo, aunque no estoy seguro, que no son hierbas autóctonas. Cuando me vaya bien, le preguntaré al secretario a ver si pueden comprar algún veneno selectivo que las extermine..., si es que semejante producto existe en el mercado. Habrá que informarse.

Poner el pie en el arriate para alzarme al jardín..., y se domina todo..., todo lo que es proclive a ser subyugado por mi vista. En efecto, mueren. Debo cortar para separar de raíz a las enfermas de las sanas, y éstas, con el tiempo, se extenderán para ocupar el territorio vacío. Esto es cuestión de paciencia, pero yo no lo veré, pese a ser el ejecutor de la obra... Bien; queda pendiente

como obligación para otro día. Ahora, a bajar y encaminarme a los jardines interiores y arrancar la mala hierba..., venga.

-¡En la casa del presidente sólo hay odio!

¿Qué ocurre?

-¡Sólo hay odio en la casa del presidente!

Parecen voces lectivas. Es un sonido grave y profundo, como suelen emitirlo los profesores cuando imparten clase... Quizás sea un disco compacto, porque el timbre se ha conservado invariable. Me asomaré... Pues de momento no localizo la procedencia de las voces... No sé; mejor no hacer caso, no vaya a estar resbalando como un tonto al sentir curiosidad por algo a lo que los vecinos no parecen hacerle caso. No se ve nada; no hay movimiento en ningún sitio.

-Si yo quiero salir a la calle desnudo, ¿por qué no puedo salir desnudo a la calle?

Jodeeeer. ¿Pero de qué clase se trata? ¿Será un tratamiento de afirmación personal? Tendré que preguntarle a quien las imparte, para ver si me hace una rebaja.

-¡Sólo hay odio en la casa del presidente!

Esto no es normal.

-¿Queréis odio?: ¡nos alimentaremos de odio!

Ahí, en los bajos alzan una persiana. Ya era hora que alguien más se interesase por esto: empezaba a creer que estaba alucinando. ¿Dé dónde proceden las voces? Parece que de allí, de una estancia que da a la calle, pues suena nítido, cercano. Le

preguntaré a la señora que se asoma por la ventana. Me mira; querrá comentarme algo. Iré, a ver qué me dice.

-¿Ha escuchado usted esas voces?

-Sí, señora. Son extrañas. Parecen aleccionadoras, como si alguien estuviese impartiendo clases...

-¿Y por qué no me dejan ir desnudo?

-... Bueno. Está claro que no se trata de un docente.

-Ja, ja, ja... No, no..., señor, se trata de un vecino que tenemos. Lo que en realidad ocurre es que está sufriendo una crisis. ¡Mire, mire! Si se fija usted bien, verá como nos observa él a su vez, a través del ventiladero del lavadero. Está ahí; ¿lo ve? Nos examina.

-Sí. Distingo colores entre las rendijas. Es ropa que se desliza fragmentada, sí. Hay alguien; ahora lo veo. Resulta difícil de apreciar si no se sabe dónde mirar. ¿Qué le sucede a esa persona, si no es mucho preguntar?

-Es demente. Vive con sus hermanas, unas solteronas que lo cuidan siempre, pero han marchado una temporada a visitar a la madre, que está mala, y a él casi se puede decir que lo han abandonado aquí, al pobre. Claro; ha de sentirse triste sin nadie, y se ha metido, se ha metido droga hasta rebosar. Hacía mucho tiempo que no daba estos espectáculos, un poco vergonzantes para los que aquí vivimos...

Creo que mi pregunta estaba de sobras: me lo hubiera contado de todos modos.

-... permaneció un tiempo en el manicomio, pero en seguida lo dejaron libre porque es inofensivo. Lo único malo que le sucede es que se mete, se mete, se mete... Y vea: a veces estalla como una granada.

-Vaya vozarrón que tiene el tío.

-Ja, ja... Sí, de verdad que da miedo. Y sobre todo asusta a los que no saben nada.

-¡Es que no se puede ir desnudo en la casa del presidente! ¡Y yo quiero ir desnudo, pero no me dejan!

-¡Ay el pobre! Está como una regadera.

-¡Sólo hay odio en la casa del presidente!

...

...

...

-Creo que ya se le ha pasado.

-¡Ah! Perfecto. Voy a lo mío.

-Sí. También yo tengo cosas que hacer. Adiós.

-Adiós, señora.

Esta situación repercute en instantes que agredieron mi forma conceptual de ver el mundo. Recuerdo aquella vez que me miré en el espejo y sólo vi reflejadas palabras que intentaban describirme. Se hallaban invertidas y casi no podía descifrarlas. El jeroglífico de mi personalidad pugnaba por homogeneizarse en el estrato de vida por el que mi pensamiento discurría. El hechizo duró un momento, breve como un fonema, y



paradigmático como mi esencia. Entonces mi propia imagen se revolvió, y puede decirse que casi encontré a un amigo.

No me apetece realizar labores de jardinería. Guardaré la escarda y describiré pequeños empeños en cerciorarme de que las cosas suceden, y no me engañan. Colocada lo mejor posible, circunscrita al desorden que impera aquí.

Es lastimoso que el recuerdo languidezca y resulte selectivo, sin acabar de aflorar.

Perfecto; sentado otra vez... Indolencia supina. Se aproxima un señor. Qué alto y grande es; me abruma. Disimulemos; es lo que siempre intento hacer y no consigo realizar nunca.

-Dígame.

Vaya. No me percaté de la mujer que lo acompaña.

-Buenas tardes. Perdone que lo interrumpamos. Visitamos la finca para tomar medidas. No sé si está usted al corriente de que van a realizarse una serie de reformas... ¿Puedo dejar la cartera en esta silla?

-Sí. Cómo no.

Perfume que embriaga, cautivador, y se exalta mi mirada. Me contempla ella, y yo me agarroto; casi no puedo pensar, y menos aún moverme.

-... ¿Me escucha?

-¿Qué?

-Le decía que ahora...

-Disculpe..., pensaba en una cosa y...

Se ha dado cuenta la mujer de que algo me pasa. Me mira con incredulidad. Cuando desaparezcan de mi vista, ella le comentará a él algo al respecto.

-... en poco tiempo...

-¿Tiempo de qué?

-¿Cómo? Le digo que en poco tiempo estaremos fuera. ¿No me escucha?

-No estaré. Dejaré abierta la puerta para que pueda coger la cartera.

-¿Se irá?

Mis terrores primigenios afloran, densos, implacables. Necesito salir de aquí. El primer paso, el primer paso es lo más difícil.

-Sí. Tengo que salir.

-Conformes.

¡Ahora! ¿Me han visto? No lo sé.

Iré a evaluar los jardines... No; mejor voy a la calle. Gente. Me encuentro mal. El daño es irreparable. ¡Oh, qué mal! ¡Qué mal! El sol; se niega a desaparecer en los días de estío. Sombras estiradas, pues declina el astro pese a su reticencia por esconderse. ¿Se ríen? Mejor no saberlo. Daré la vuelta a la manzana, despacio, para crearles un espacio y que hagan lo que deban hacer y ya no estén cuando yo haya vuelto. Un perro abandonado. Me observa; duda si yo aceptaría ser su amo. Animalito. Lo siento; en cierto modo puede decirse que yo

también estoy necesitado de amparo, de alguien que me acoja. ¡Ah, no! Tiene dueños. La mujer aquella lo llama: primero su nombre y después un silbido. Me alegro. Es enorme este edificio, enorme... Y yo tan pequeño, cielos, tan diminuto y frágil. Espero que no adviertan mi ausencia; si lo hacen, buscaré una excusa cualquiera. Me encuentro mal, muy mal: tengo ganas de llorar...; o de reír...: no estoy seguro ya de nada. Circulan los vehículos, entre el festín de mi sueño dormido, sincopado en vigilia.

Son de verano; se adaptan al verano; mejor dicho: todo se vuelve a ajustar al silencio y callan las puntuales estridencias... Se relaja la vida, salvo la insectívora, molesta e irritante. Última esquina. Por favor, que no estén ya, que hayan marchado. Menos, menos, poco, poco que menos..., nada. Los escalones... Se fueron, menos mal....

... Sí, tiene que ser él. Me doy cuenta de que no puede ser otro. Los colores de la ropa y esa cara de alienado que ya he visto otras veces... Hasta ahora ignoraba yo que tuviese ese tipo de problemas; aunque ciertamente, cualquiera, en un primer encuentro con él, tiende a pensar que algo le sucede, como me pasó a mí mismo.

Veamos qué comenta.

-Hola.

-Buenas. Le falta poco para plegar, ¿eh?

-Ya queda menos. ¿Cómo está usted?

-¿Yo? Bien. Ayer sí que me puse malo. Me excedí con el vino y fumé marihuana. Hice el tonto, gritando a la calle, a nadie.

-¿Ayer? Si ha sido hoy...

-¿Hoy? ¿A qué se refiere; al vino y los porros?... Eso fue ayer.

-Si usted lo dice, no insistiré.

Está zumbado; ya no sabe ni en qué día vive.

-¡Holaaaa...!

-Hola.

-Hola.

-¿Qué tal, Jaime? Hay que ver cómo estabas ayer... ¿Qué te pasó?

El vecino también dice que fue ayer. No lo entiendo... Si ha sido un rato antes cuando estaba gritando como el loco que es... Ambos se equivocan, sin duda; o será cuestión de plantearme si yo también desbarro... O... ¿se refieren a otra cosa, de la cual yo no sé nada?... No creo; disiento de este último parecer. Y, vamos, estoy segurísimo de que ocurrió hoy... Le preguntaré a la señora de los bajos para confirmarlo. Aunque ella también podría confundir el momento de los hechos, si tardo mucho en verla...; en el caso, por supuesto, de que llegue a coincidir con ella.

-... pues ya sabes que te pones enfermo cuando tomas esas cosas. No lo hagas, hombre, aunque sea por tus hermanas.

-Intentaré portarme bien. Lo prometo.

-Así me gusta. ¿Subimos?

-Sí.

-Adiós.

-Adiós, muchacho.

-Adiós. Que vaya bien lo poco que le resta de estar aquí hoy.

-Eso espero... Gracias.

Regresaré a mi rincón y permitiré que este mustio rato que me queda decline para permitirme partir. En verdad es una pequeña catástrofe, lo ocurrido. ¿Se fractura el tiempo por sí mismo? ¿Las percepciones pueden ser tan dispares? ¿Hay varios complementos para la realidad? En sí misma, es total, sí, pero cada individuo la hace suya, y es subjetiva, por lo que se resquebraja y diversifica... Hay que dejarlo ya; con toda seguridad es un error de alguien, o de algunos, y punto... Haré preparativos para mañana. Las llaves del buzón del señor ese, aquí, en el primer cajón. Es el que uso más; el resto está lleno de trastos que se deberían tirar la mayoría. Las conexiones, perfectas. Voy a orinar; me meo vivo. ¡Ouf! Qué mal huele. ¡Ah!, otra cosa pendiente: tirar una cantidad apreciable de agua en el retrete. Me ha de resultar indiferente lo que piensen los demás: si me ven por el patio transportando los cubos, no pasa nada. Esto se ha de higienizar un poco, lo mínimo indispensable como para no tener tan desagradable sensación cada vez que entro. Otra vez a sentarme, esperando el último jadeo de la

jornada laboral, pues se acaba. Sí, aunque me parezca mentira, falta poco para marchar.

A ver la botella de agua... Está caliente, pero da igual, tengo sed... Qué desagradable, parecen orines. Aunque lo importante es hidratar el cuerpo; incluso debería beber más a menudo.

El morral..., que no se me olvide... Aquí, a mi vista.

¿Dónde quedan los amigos? Aquella época en que hacíamos salidas nocturnas y volvíamos al amanecer: luces matutinas de embriaguez y sonambulismo. Agotamiento... Soy joven, mas sin más tengo la sensación de que haya pasado un tiempo enorme desde entonces, roqueño, congestionado, irrecuperable. Los viajes en coche a las discotecas de pueblos distantes, con la música a todo volumen. Aquel regocijo de sentirse importante cuando los porteros te dejaban pasar y veías, en cambio, que les impedían el acceso a otras personas. Y acodarse en la barra, consumición en mano, hablando con las camareras mientras admirabas a las chicas que por allí pululaban, como si exhibiesen sus cuerpos en una especie de mercado de promesas sexuales... En fin. Se acumula tanta vida, que la memoria se desplaza a su libre albedrío, como una canica que golpee a otras dos y éstas a su vez a dos más y así hasta el infinito, generando una suerte de fisión nuclear que acaba por producir que los recuerdos se dispersen, transformándose, inasibles y aleatorios...

Solíamos ser tres en el grupo: los irreductibles; y de cuando en cuando se añadía algún que otro espontáneo. Después de casi

un lustro de supuesta gran amistad, yo me separé e hice mi vida aparte de la de ellos dos. Es curioso cómo las envidias, los celos y otras actitudes negativas, lo peor de la esencia humana en definitiva, se sobreponen y superan a los sentimientos fraternos y amistosos. Porque a veces recapacito y procuro comprender el porqué de que, cuando estábamos a solas Aníbal y yo, me hablara mal del otro: me instigaba en su contra. La sensación primera de que todo era a modo de supuesta advertencia sobre su inicua y auténtica personalidad quedaba desgarrada por lo posterior, por los hechos sucedidos. En definitiva: que no me dejase engañar por él, me decía. Tal catequesis alienante me abocó a enfrentarme con el tercero en discordia, el receptor de las calumnias, convencido yo ya del todo de lo que me dijo Aníbal sobre él... Y Aníbal no se pronunciaba durante nuestras confrontaciones, el muy canalla, cuando en realidad era él el culpable de que yo y el otro hubiéramos llegado a tal situación de animadversión mutua. Al final el malo resulté ser yo y ellos se quedaron juntos y tan amigos a continuación de abandonar yo la compañía de ambos. Percatarme de que la maldad, la falsedad y los intereses particulares imperan en las relaciones humanas no fue obstáculo para que pocos años después me viera envuelto en una situación similar a aquélla, casi calcada. Tengo enormes dificultades de convivencia con mis congéneres debido a que me cuesta mucho asimilar que las personas, o la mayoría de ellas, se mueven por conductas soterradas en las que imperan la

hipocresía, la envidia, los celos... o vete tú a saber, porque no sé cómo especificarlo; y es que quizás haya en todo esto, en los motivos nefastos que guían a los individuos, algo más que la simple maldad, algo muy profundo e inasible a lo cual nuestro ingenio no podrá jamás encontrarle una palabra que lo defina.

Y bien... La papelerera... Medio llena. Una pelota de papel de aluminio... Jugaré a hacer canastas... Casi. A ver ahora... ¡Bien! Me colocaré un poco más lejos... ¡Coño; un vecino! A disimular un poco. ¿Se habrá dado cuenta?... Ya llega....

-Hola.

-Hola, joven. ¿Cómo va la cosa? Ya mismo marcha a casa, ¿verdad?

-Bien... Sí, pronto me iré, es cuestión ahora de esperar, de dejar que el tiempo corra.

-Sí. Imagino que debe de ser embarazoso permanecer por obligación en un sitio, sin nada apenas que hacer... ¿Sabe? Mi hija es enfermera y pasa también muchos ratos muertos en su puesto de trabajo, sobre todo cuando le tocan las guardias nocturnas...

Este hombre, me da la sensación, aprovecha la circunstancia de que yo esté aquí para comentar ese tipo de terribles confidencias que sólo se le hacen a un desconocido. Lo veo muy serio y con ganas de explayarse, de extraer de sí algo que le preocupa.



-... me dijo que hay personal en situación de suspensión de pagos...

-Disculpe. ¿Es una clínica privada?

-¡Noooo! Ahí está lo tremendo: la Seguridad Social podría entrar en quiebra dentro de poco tiempo.

-¡No me diga!

-Como le digo. Lo más espantoso es que nadie se lo cree. Le hice este mismo comentario a unos conocidos míos y juraría que se rieron de mí. Iban en grupo, y quizás eso los envalentonó más a la hora de ser desagradables conmigo. Uno de ellos, el más sarcástico, me respondió, tras escucharme, que la gente es muy ladrona y se lleva cosas del trabajo a casa. Yo le dije que eso qué tenía que ver con lo que le había expuesto, y, en absurdo rebate, aseveró que todos hurtamos, que si mi hija, sin ir más lejos, necesita una gasa, la coge del material del hospital y no la compra...

-Es absurdo. ¿Cómo puede ser tan superficial la gente? Usted le habla de una posible fallida del Estado del Bienestar y esa persona se jacta de que la culpa es del personal que roba gasas... Me parece increíble que haya gente tan superflua, de verdad.

-Eso es lo que yo me digo. Me ha dejado con un regusto muy amargo, tremendo, semejante disparate.

-Anímesese. No vale la pena enfadarse por lo que cuatro zafios puedan decir.

-Tiene razón, joven. En fin... Iré un rato al bar, a ver si encuentro contrincantes para una partida de dominó.

-Es lo que mejor que puede hacer: distraerse.

-Gracias por su comprensión y apoyo. Adiós.

-Adiós.

Vuelta a lo mío... No. Mejor me acerco con la papelera al contenedor y la vacío. Eso sí... La pelota de aluminio... La pelota de aluminio...

Toño le decía a la extranjera palabras malsonantes e imperativas y ella acataba, desesperada y sumisa, aleccionada, asumiendo *lo que era*. Escena contemplada con indignación y ebriedad, y el año se quebraba. Saltaba el confeti y los espantasuegras expelían su lengua burlona con grosero sonido, grave e irritante... Huele muy mal. Creo que nunca los limpian. Golpes en el borde, y exenta de desperdicios... Regresar... Era lastimoso y mágico, en la noche de la noche atravesada por el olor del eucalipto críptico y acaparador. Exclamó algo la persona de al lado y la chica gritó afligida y medrosa. Era el recipiente de semen del grupo; y aislada no podía arañar pedazos de cólera en su defensa. Indignante giraba todo, ciclos de aversión, y yo me retiré junto a los altavoces que escupían insanas fluctuaciones a modo de ritmo estéril, asiéndose en la bruma de un trinchante neuronal, sin reminiscencias de querencia vibrátil. Sólo bailaba el repudio de la gente sistematizada, habilitada para morar y no concluir ni participar.

El núcleo era informe, vigoroso, metálico, hermético y ominoso... Marché más tarde, casi en seguida. Siempre he sobrado en todas partes: se desea lo manipulable y que conserve concomitancias con el resto: lo alienable; y yo, pese a parecer un pusilánime, no lo soy: el trato a aquella chica me resultó vil, y comencé a despreciarlos. Es irrelevante ahora. Alicaído el sueño que genera mujer y los momentos extáticos, nacidos ellos para mí.

Poco resta ya. Deviene el recuerdo y su mutación en el tiempo. ¿Nostalgia? No. Intentaré plasmarlo. El taco, bolígrafo... y dejarse llevar... La bicicleta... Contemplo la montaña diáfana, hermosa, femenina de formas, y viril por su potencia vaporosa, quimérica, inabarcable... *Y mis sentidos no te captan, abrupta montaña de laderas sensuales; sólo uno, y no te alcanza. ¿Fuiste creada para que yo te contemplase? Mi consciente se embriaga; no puedo comprenderte.* Mmmm..., mmmm... No está mal; nunca nada me parece mal... ¿Hoy discusión? Es lo más probable.

Es preciso encontrar alojamiento estable. Debo mirar por zonas turísticas. Hay muchos restaurantes y soy bueno como lavaplatos (¿quién no lo es?). Entre esta suplencia y algún que otro trabajo por horas, podría hacerme con un pequeño capital; y, mientras, mirar el asunto de la paga... Dios... No sé; estoy cansado ya de todo... Y lo que me queda por conseguir, por

luchar... A la postre el viejo tiene razón: menos literatura y más pragmatismo.

En fin...

Taco y bolígrafo al cajón. Todo preparado para mañana. Estos minutos residuales serán para... Tres canastas debo hacer. Y cuando las consiga, aquí, en este lugar, será todo para otro día. Una y quedan dos. Más, más tiempo que se desgrana... Recordar que debo mirar el buzón del vecino matutino. Ya sólo queda cerrar la puerta. ¿Incorporo la llave al manajo?... No. Una canasta debo hacer. Fallé. Ojo con las lumbares. Recojo; giro; gancho... Ya. Salir y voltear la llave. Empujoncito... Sí: puerta bien cerrada... Aquí, sentado junto a la jardinera... Las yucas..., no me gustan estas plantas; su pasiva agresividad me incomoda... La mamá con el carricoche, acomodo del bebé satisfecho, lánguido y dormilón, perezoso. Se detiene. ¡Ah!, le limpia los mocos con el clínex. Reinicia la marcha. Monótono sonido sincopado, algo estridente, emiten las ruedecitas con su roce sobre el piso de losetas estriadas de la acera. Me mira, con una sonrisa digna de Hebe, ¿o de Afrodita? ¿Le devuelvo la sonrisa?... Tarde; ya me da la espalda... Adiós, cielo.

Suficiente por hoy. La bolsa vacía al hombro, y marchar. Pronto se esconderá el sol; las sombras imperan y el día casi se clonó. Pasos ligeros que buscan la estación: calles y encrucijadas que se desgastan y dejan de existir, respecto a mí.

La inmadurez jovial regurgita, aplica improntas, cadenas de ausencia, clasificaciones absurdas y elementos concupiscentes. La hora de lo que se derrite y las discusiones venideras. Es axiomático, inevitable. La rampa y el vendaval: papeles, bolsas de plástico y otros desperdicios bailan, volteando su marea de persistente querencia. Sonidos que se atraviesan a sí mismos y personas que aguardan. Metálico y poderoso, se detiene, y el rumor yace adormilado. Hay sitio; aquí mismo. La ciudad se estraga en el advenimiento de la noche. Artificio su iluminación. Los campos llegarán, llegan, sedosos en la tiniebla del crepúsculo; y allá, periféricas, las siluetas imponentes de las montañas. El túnel y graznidos: chirridos de roce dolorido, sin sustancia, arcaico... Y no lo vivo: sólo soy un recipiente, un recipiendario, mejor dicho. Estigmas entrecruzan miradas que ansían y decaen, agotadas. Llegará la correspondencia, sutil hilo que enfoca complacencias y obligaciones. Me percibo, y estoy: unidad. Queda poco, y se hace consenso de acuerdos y recuerdos, y pasos..., y llega.

Trasbordo; profilaxis del advenimiento. Caminar, subir y bajar escaleras entre el tumulto. Es un desorden transitorio que abocará en recogimiento. El andén. ¿Qué hora de llegada señala el marcador?... Poco, queda poco. Sudor, cansancio, transitoriedad de duermevela, impacientes andares en círculo. Nos sabemos; nos percibimos; y nos ignoramos. Viene... Detiene su inercia, con frenos de metal y chispas en sonido. La

noche deslumbra y arrasa la memoria; sonámbulos reales. Y llegará, por mí; y las fluctuaciones se concatenan, y se constriñe el tiempo. Luces internas que nos determinan y hacen cómplices. Demasiado dolor se hace llevadero. La noche, la noche, la noche... y un día que no es mañana: mañana no, no mañana, mañana no... Los primeros salen; con ellos la niña bonita, después del suspiro neumático que abrirá la puerta de dos hojas. Yo soy el siguiente; otros son los siguientes; pero yo soy mi percepción y soy mi deseo, y yo mismo: el siguiente.

Y pronto llegaré a donde habitan mi sueño y mis necesidades básicas; y me enzarzaré en una discusión con las que repudian mi propio ser. Y reventaré entre espasmos de impotencia... Leeré a Proust mientras cago; intentaré comer algo que no sea la fritanga de patatas y huevos de siempre; me ducharé, me cepillaré los dientes, me afeitaré y me acostaré, agotado ya; y sin duda, antes de dormirme, pensaré en algo halagüeño, por pura higiene mental... Y todo esto sucederá; todo: lo sé.

Y algún día seré dueño de mi vida, y echaré la vista atrás, no sin cierto rencor, debo admitirlo... Pero sé que la liberación se llevará a cabo y todo cambiará a mi favor, es incuestionable... Y entonces, reiré.